los olvidados

resistencia cultural en Colombia

Kim Manresa
Juan Gonzalo Betancur

Kim Manresa (Barcelona, 1961) comenzó a recorrer el mundo a los 13 años cuando decidió conocer el Polo Norte. Desde entonces, este fotógrafo que prefiere ser viajero, ha recorrido más de 120 países buscando la esencia de las historias de vida. La agencia Associated Press eligió su reportaje sobre la ablación en África (es el único occidental que ha registrado esa práctica) como uno de los mejores del siglo XX, y tiene en su haber premios tan destacados como el Fotopress, Visa pour l'image del Festival del Perpignan, el UNICEF... Manresa ha publicado más de 20 libros de autor y su obra aparece en otros 10 títulos colectivos. En su viaje por el Magdalena Medio, Kim Manresa cargaba, como siempre, varias narices de payaso diseñadas para arrancar sonrisas de las personas más golpeadas por la vida. También tiene la costumbre de dejar su cámara a la gente para romper el hielo. Fruto de esas dos manías es esta foto de los autores del libro, Kim es el que aparece en primer plano.

Juan Gonzalo Betancur (Medellín, 1967) es periodista y durante una década cubrió los horrores de la narcoguerra en su ciudad natal, los desplazamientos masivos en Antioquia y los enfrentamientos armados en diversas zonas de Colombia. Premio Simón Bolívar de Periodismo Escrito, a Betancur se le siente el dolor por esta tierra y su sensibilidad por el marginado universo rural. Actualmente dirige un proyecto de comunicación alternativa, el Periódico 15 en Bucaramanga, y es docente e investigador de la Universidad Autónoma de Bucaramanga.

El proyecto de Los Olvidados ha sido posible gracias al apoyo de:

IOM OIM

USAID

EMBAJADA DE ESPAÑA
COOPERACIÓN ESPAÑOLA

COOPERACIÓN ESPAÑOLA EN COLOMBIA

Libertad y Orden
Ministerio de Cultura
República de Colombia

CAMARA
DE COMERCIO DE BUCARMANGA

DANA
TRANSEJES COLOMBIA

los olvidados

resistencia cultural en Colombia

© Los olvidados, resistencia cultural en Colombia
Editorial UNAB, marzo de 2004

Diana Restrepo Coordinación del proyecto

Kim Manresa Fotografías
Juan Gonzalo Betancur Textos

Equipo Editorial
Lula Gómez Benito Editora
Paco Gómez Nadal Coeditor
Rimel Serrano Corrector de Estilo

Edición Gráfica
Kim Manresa, Diana Restrepo,
Paco Gómez Nadal, Lula Gómez,
Juan G. Betancur

Diseño y maquetación
Carlos Reyes Le Paliscot

Impresión
Panamericana Formas e Impresos S.A

Las ganancias de la venta del libro y el cd
van a parar a unos 80 músicos, beneficiados
directos del proyecto, gracias a la donación de
regalías de Kim Manresa y Juan Gonzalo Betancur
y a la cesión de beneficios de la UNAB.

Primera edición 2004

© 2004 Editorial UNAB
Calle 48 N° 39-234
Tel: 057 6431588
Bucaramanga - Colombia
e-mail: oosuna@unab.edu.co

ISBN
Impreso y hecho en Colombia
Print and made in Colombia

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la
reproducción total o parcial de esta obra, sea por
medios mecánicos o electrónicos, sin la debida
autorización por escrito de Editorial UNAB

Editorial UNAB está afiliada a la
Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC)

Consulte el catálogo de publicaciones on-line,
Internet: http://editorial.unab.edu.co

los olvidados

resistencia cultural en Colombia

Kim Manresa, fotografía
Juan Gonzalo Betancur, textos

Editorial
UNAB
©2004

contenido

sobreSaltos, la certidumbre de la cultura 7

un viaje musical Magdalena arriba 9

una guitarra y vainas alegres y tristes que tiene uno 15
¿Y por qué te llaman Quemazón? 15
Secretos contra el veneno de las serpientes 16
Malo si pescas, malo si no pescas 19
El Río de la Magdalena 21

el toque de los esclavos sigue intacto en Arenal 23
Los cantos brincaos 24
Son las cinco de la tarde 27
Oración para alejar a las brujas 28
Lastenia y su camioneta surrealista 29

las décimas y los amores, siempre los he tenido 31
"La Virgen del Carmen es mi abogada" 32
Ólger Martínez, cazador de serpientes 35
El arte de la métrica 36
Cazar aves como pescados 37

¡Viejo Rusbel, la parranda es buena pero con tu acordeón! 39
La cultura, contra la desesperanza 40
La coca distribuye guerra 44
Mujeres valientes que se organizan 45

Barrancabermeja olvidada a dos voces 47
Último tren a Barranca... 51
La huelga de Barrancabermeja 52
Oficio horrible el de ser arenero 53

Juan Ibarra: la dignidad de ser campesino 55
Las Semanas Santas de antes 56
Los años de La Violencia 59
La siembra del agua 60
El perro del atrio 61
Una noche alegre en Casa Pintada 61

música de carranga en los caminos del Carare 63
Cosa importante ha sido la arriería 64
¡Matalo, negro, matalo...! 69
La paz ha sido posible en La India 70

fin de viaje 72

índice de fotos 128

sobreSaltos, la certidumbre de la cultura

Escribir acerca de sobreSaltos es comenzar diciendo que éste no ha sido solamente un proyecto cultural al que le apostamos desde el año 2000. Representa el sueño de un grupo de amigos de convertir la cultura en algo más que esparcimiento y limpieza de conciencia.

Nacimos como un Festival Internacional de Danza Contemporánea en Paisajes Urbanos en 2001; continuamos en 2002 con una Programación Permanente en Paisajes Urbanos y con Navirock, un mega concierto rockero, para llegar a 2003 con el proyecto que ahora presento: sobreSaltos de Los Olvidados. El adolescente que ha sido nuestra propuesta no ha dejado nunca de crecer, de hacerse preguntas, de dudar. Lo único que aparecía con claridad era la apuesta por una resistencia cultural que permitiera luchar contra la enorme brecha de este país, donde las oportunidades se entregan con ciertos registros de nacimiento. Esa certeza nos la daba el ver a altos cargos sentados al lado del vendedor ambulante o a la prostituta en su momento de descanso, compartiendo todos una cultura sin barreras, gratuita, de calidad. La resistencia podía hacerse con cualquiera de las manifestaciones artísticas: la música y la danza eran los pretextos, los vehículos.

Dos cosas fueron siempre fundamentales para sobreSaltos: el público y los artistas. El reto era pensar en ellos todo el tiempo y tratarlos con la mayor dignidad que la calle nos permitiera.

Todos los detalles eran cuidados: los aspectos técnicos (sonido, luces, buen espacio escénico y para el público…), la puntualidad, el respeto por los artistas y el público sin importar su clase social o procedencia…

Sin embargo, las 55.000 personas que se sobresaltaron, los 260 artistas que se despedían de la ciudad con el gesto incrédulo del "hecho en Bucaramanga", la consecución de los recursos y muchas otras señales que nos hablaban del éxito de la propuesta nunca nos sedaron contra las preguntas que surgían internamente: ¿Estamos construyendo algo o simplemente programamos; lo hacemos bien, el público asiste, los invitados se van contentos y nada más? ¿Tienen sentido los festivales de gran presupuesto en esta realidad de América Latina? ¿Y el tejido social, la brecha, realmente aportamos? En este país sin memoria, ¿hacemos algo desde la cultura para remediarlo?

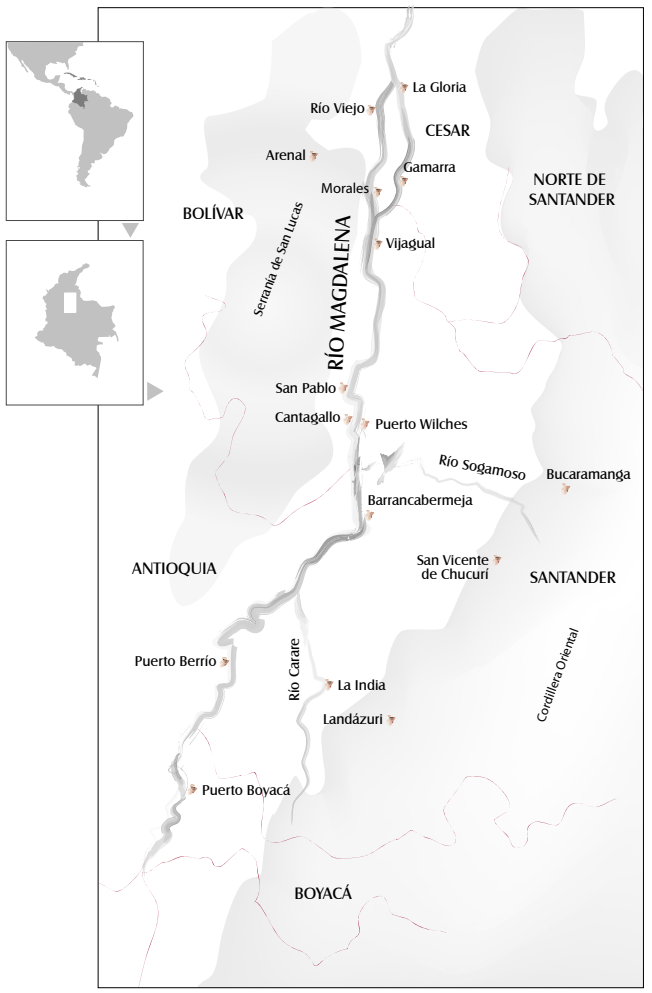
Nunca obtuvimos todas las respuestas pero quiero resaltar dos cosas: la primera es que la incertidumbre salva del letargo, y la segunda es que en ese constante buscar llegó el proyecto de Los Olvidados. El adolescente, que probablemente no creció, pisó firme, recordó su tierra, sus raíces.

Trabajar en Los Olvidados ha sido el mayor regalo para cada uno de los miembros del equipo de sobreSaltos. Compartir experiencias con los músicos que llenan de vida estas páginas; verlos florecer por el simple hecho de sentirse escuchados; ver sus rostros al salir del estudio de grabación al poder cumplir un sueño que ni el Estado colombiano ni los grandes monopolios disqueros les permitirían realizar; conocer nuestra realidad a través de sus historias y sus letras, o viajar con la música por la Colombia olvidada, fueron aspectos fundamentales para despejar dudas y afianzar algunas certezas.

Sólo me queda la esperanza de que tanta humanidad haya podido caber en este libro y que los lectores se dejen contagiar de toda la emoción que en él pusimos.

Diana M. Restrepo Restrepo
Coordinadora sobreSaltos

MAPA DE UBICACIÓN



un viaje musical Magdalena arriba

Estamos entrando a una región diferente de Colombia. Lo percibimos en este embarcadero estrecho del municipio de La Gloria, con el olor a río tocando todo, bajo un sol picante de 38 grados, entre toldillos de colores donde se vende toda suerte de baratijas, trastos de cocina y juguetes de plástico. Se siente ese ambiente único que es mezcla de Caribe y de sabana, un trozo más de este país de regiones en el que se descubren historias que son mágicas. También de músicas tan diversas como la gente que nos encontramos.

Es el Magdalena Medio, zona con una vida y unas características bastantes desconocidas para el resto de la nación, aunque se habla de ella con frecuencia debido a las malas noticias que por estos lados ocurren.

Este recorrido arranca en el departamento del Cesar, en esta pequeña localidad a la que se puede llegar por el Río Magdalena, por una carretera estrecha que conecta con la vía Panamericana o, si se tiene la gracia y el permiso, en avión hasta una pista de tierra que usan los finqueros para fumigar sus cultivos de sorgo. Esa pista queda en Simaña, un corregimiento situado a un kilómetro de la ruta principal, al que los carros de servicio público obligatoriamente tienen que entrar a que les pongan un sello de control por parte de una cooperativa de transportadores, la cual muchos señalan como manejada por los paramilitares que dominan los contornos.

Sin estar en la región un tiempo es difícil asumirla porque su manera de ser y vivir es distinta a la del resto del país. Tiene elementos de todos lados, de las planicies del Cesar, de las zonas mineras y ganaderas de Antioquia, de las montañas de Santander, de los alegres mestizos de la Costa Atlántica y los negros del Chocó, de los campesinos del Viejo Caldas y el Tolima, de la gente tímida de Boyacá y Cundinamarca...

Allí, durante décadas, se fue creando un modo de ser y sentir producto del ser y el sentir de muchos lados, de miles de personas que emigraron a estos rincones huyéndole a las desgracias o a la persecución, o de los que llegaron buscando el futuro digno que siempre se le ha negado a tantos en Colombia. Por eso abundan las historias de desplazamiento y muerte, las vidas trajinadas entre la tristeza. Un dolor que se olvida cuando entra en ebullición la rumba desde los parlantes enormes que hay en cada rincón, cuando la música sale a borbotones invitando a bailar, a deshacerse en medio del sudor en una fiesta, porque la alegría es la única redención de estas tierras.

Se nota el ambiente festivo en este embarcadero desde el que partimos a recorrer siete municipios: Río Viejo, Arenal, Morales, San Pablo, Barrancabermeja, San Vicente de Chucurí y Landázuri. Todos tan parecidos y a la vez tan distintos, como la música tradicional que hacen los olvidados que buscamos, que va desde la tambora hasta el vallenato, desde las décimas hasta la música campesina

La refinería preside el perfil de Barrancabermeja desde el río Magdalena

de cuerda. Una riqueza folclórica sorprendente, consecuencia de esa procedencia variada de sus pobladores. Ritmos y gente bien diferentes, pese a estar unidos por ese mismo cordón umbilical que es el Río Magdalena y por nacer de la misma madre que es esta patria sangrante.

De este recorrido sorprende conocer cosas que uno presume simples y no lo son, como la vida de estos músicos o de cualquier otro parroquiano, pues demasiadas existencias están signadas por episodios que parecen de fantasía. Escuchar esas vivencias y esas músicas es oír también las voces de tantos otros de la región, de esos 800 mil ciudadanos que habitan esos pueblos y veredas. Eso es lo que se leerá y se escuchará aquí.

¡Magdalena Medio!
Su sola mención asusta a muchos. Carga con el estigma de ser *zona roja*, bautizo negativo que le hicieron altos mandos militares a finales de los años sesenta cuando en la base aérea de Palanquero (municipio de Puerto Salgar) definieron estrategias para enfrentar el desorden público que sufría el país y, en particular, la región. Eran tiempos en los que la milicia y las élites colombianas empezaban a cogerle cariño a la Doctrina de Seguridad Nacional, ese conjunto de principios políticos y operativos que llevaron a la fuerza pública a cometer tantas tropelías que la gente de esta región no olvida.

Ese desorden público siempre ha estado en la región. Antes fue debido a la guerra política que motivaron los máximos dirigentes de los partidos Liberal y Conservador, quienes crearon odios y motivaron a las bases electorales a matarse entre sí, mientras ellos vivían sin mucho apuro en Bogotá o en las capitales de departamento. Luego, las convulsiones producto de la presencia del narcotráfico. Hoy, la causa de alteración es otra: guerrilla, autodefensas y fuerzas militares del Estado se trenzan en una lucha que mezcla intereses ideológicos, económicos, estratégicos y territoriales. Por las violencias de antes y de ahora, el río ha arrastrado en su cauce a cientos de cadáveres.

¡Magdalena Medio! Ombligo de Colombia, ¡cómo te han olvidado! Los únicos que te han tenido siempre presente han sido la violencia y el abandono. También la corrupción política y unos pocos empresarios y terratenientes que te ven como enclave de explotación pero jamás como centro generador de desarrollo y bienestar. Ni siquiera el Estado te considera, salvo cuando quiere aparentar presencia por medio del Ejército y la Policía. La institucionalidad se percibe débil en toda tu geografía, leve como la brisa que no alcanza a mellar el calor insistente que hace sudar a chorros.

Como entidad territorial, el Magdalena Medio no existe: la región que se denomina así es entendida en forma diferente por cada cual. El Estado colombiano la define como un espacio geográfico de 546 kilómetros de río, entre los saltos de Honda (Tolima) y El Banco (Magdalena), que comprende 49 municipios de ocho departamentos. Para el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, tiene 29 municipios de cuatro departamentos y es "una región en construcción, una región posible, con una historia de conflictos que la ha llevado a constituirse poblacionalmente como un mosaico de etnias, culturas e intereses"; para los militares, área especial de operaciones de tres brigadas; para algunos gobiernos departamentales, zona que requiere políticas propias dada su problemática específica; para otros gobernantes, un sitio más al cual sólo hay que ir a pedir votos en época de campaña electoral; para el imaginario de muchos colombianos, una *zona caliente*, peligrosa, que es mejor no visitar...

Cuando en La Gloria al fin arranca la chalupa (embarcación pequeña a motor) se siente uno de verdad metido en la región porque el río ha sido y seguirá siendo el alma de estos pueblos, el elemento integrador que la ha hecho diferente al resto del país. El agua es gris cloaca y da la sensación de no albergar vida. A finales del mes de julio, verano, se palpa lo sedimentado que está su cauce, lo acabado que está el Río Magdalena: se forman playas en las orillas y bajos en los sitios menos pensados. Con solo mirar el agua, un lanchero veterano los va eludiendo. En la chalupa, los pasajeros cuentan cómo se llaman esos caseríos metidos entre palmeras o árboles gigantes de mango, mientras uno trata de entender qué dicen pues el ruido del motor y el viento que golpea la cara hacen volar las palabras.

Así empiezan a descubrirse cosas sorprendentes. Por ejemplo, en el Magdalena el tiempo y el espacio son distintos. En la lancha, el avance del reloj se siente lento por la monotonía del motor y no vale mucho pensar en horarios, ya que las horas de llegada y salida son flexibles: el paso de *La Barranqueña*, la chalupa que cumple la función de bus entre El Banco y Barrancabermeja (Santander), está previsto para las nueve de la mañana, pero a lo mejor aparece a las diez, a las once o más tarde, sin que le sepan dar noticias al que la aguarda en tierra... y la gente simplemente espera.

En el río el espacio también es diferente. Al preguntar cuánto falta para llegar, contestan que nada, apenas una o dos vueltas del río. Y van apareciendo una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete curvas y por ningún lado se ve el arribo. El que responde no dice mentiras: una vuelta del río es un espacio que puede tener varios kilómetros y quién sabe cuántos meandros. No es equivalente a la vuelta de una esquina en la ciudad, sino a un giro enorme del cauce que no se ve a simple vista.

Río Viejo es el primer destino, el primer capítulo. Allí vive José Alcibiades Flórez, *Quemazón*, quien con su guitarra le canta al río y a los pescadores, rememora en las noches su vida y la de su pueblo, mientras habla con insistencia de la muerte.

Nuestro recorrido contra el olvido sigue río arriba hasta Buenavista, y de ahí en carro media hora hasta Arenal, un pueblo construido en el mismo punto donde a mediados del siglo XVII esclavos negros fugados de una mina levantaron un palenque, uno de los primeros sitios libres en la América invadida. En Arenal, que no tiene ni una calle pavimentada, nos encontramos con el grupo de tamboras y cantadoras. Ellos hacen sonar sus voces y sus cueros como sus antepasados de África.

La siguiente parada es Morales, una isla enorme, donde vive Tito Nelly Martínez, decimero olvidado que por estos meses anda en una racha de mala suerte. En sus calles, con ese sol chirriante y la modorra de la tarde, escenas del realismo mágico ocurren cada dos por tres: aparece un comerciante de serpientes venenosas, vendedores de cachivaches forrados en tirillas de repuestos de olla a presión y máquinas de coser, triciclos de pedal cubiertos con carpas de colores que prestan el servicio de taxi…

El viaje sigue por el río hasta llegar a San Pablo, patria chica de Rusbel Chimenty, un hombre ciego que toca el acordeón. San Pablo ya tiene cara de pueblo grande, es menos atractivo y está atiborrado de gente y de ruido de cantinas. Allí se percibe más el control de los paramilitares, se siembra coca a media hora del casco urbano y es uno de los sitios donde el gobierno colombiano fumiga los cultivos ilícitos (también los lícitos, el ganado y los campesinos), con flotillas de aviones y helicópteros

En cualquier cantina de los pueblos ribereños, los soldados se mezclan con la población civil

pagados por Estados Unidos por obra y gracia del llamado Plan Colombia.

En todo este recorrido se ve al fondo del paisaje la Serranía de San Lucas, donde han pasado y siguen pasando cosas innombrables que hacen parte de la guerra eterna que sufre el país. Por años ha sido fortín de la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (Eln), aunque ahora también están peleando grupos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). Al río, los alzados en armas salen en el momento menos pensado, en el sitio menos esperado.

Contra ellos combaten gruesas columnas de las Autodefensas (los llaman paramilitares, *paracos* o simplemente *paras*) que lucen armamento y uniformes en perfecto estado, según los vimos en La Belleza (a 20 minutos de Morales), cuando *La Barranqueña* paró a dejar en tierra a una señora. Algunos llevaban abierta la camisa camuflada y tenían debajo una camiseta negra marcada con el nombre y el símbolo de la organización. Dos horas arriba por el río tienen un puesto de control.

—Buenas tardes, somos del Bloque Central Bolívar de las Autodefensas Unidas de Colombia. Por favor los hombres se bajan. Cédula en mano.

Estamos en Vijagual, jurisdicción del municipio de Puerto Wilches, y quien habla es un hombre de unos 25 años que saltó a la proa de la chalupa. Es el puesto de control permanente. Viste botas, pantalón *jean*, gorra y la misma camiseta negra con los emblemas. En la espalda, metidas entre el pantalón, lleva dos pistolas calibre 7,65. Por más acostumbrados que estén a esos retenes, los pasajeros se fruncen. Algunos guardan silencio y apenas se miran con los otros.

Ahí el río es muy ancho y el pueblo aparenta ser pequeño. El calor no perdona. Otro hombre se monta al bote y entre los dos abren y revisan todos los maletines de los pasajeros. Desde hace meses toda lancha y chalupa que sube o baja se detiene para una requisa. En tierra, bajo una choza convertida simultáneamente en sala de espera y estación de gasolina, una mujer bajita pero bastante hosca recoge los documentos de identidad y empieza a preguntar números de cédula y la ocupación a cada uno. Si no sospechan novedad, el retén ilegal dura escasos diez minutos.

Como es zona de alta conflictividad, está también el Ejército Nacional, con tropas profesionales y soldados campesinos que cruzan el río armados hasta los dientes. A veces van en los mismos botes que utilizan los civiles. La policía sólo permanece en los cascos urbanos, equipada como si fuera a una guerra mundial, conversando con los vecinos y con cuanta muchacha lo permita. En el Magdalena Medio los policías viven en cuarteles cubiertos por completo de mallas metálicas que buscan neutralizar, en caso de ataque, los cilindros de gas cargados con explosivos que lanza la guerrilla. Es el precio que pagan por estar asignados a una zona de orden público: vivir metidos en una especie de jaulas gigantes para dinosaurios.

La pelea allí no es sólo por territorio. Sobre todo, es por el control económico. En San Lucas hay cultivos de coca y artesanalmente se produce la pasta base para elaborar el alcaloide. El negocio se lo disputan guerrilla y paramilitares, y los buenos precios han llevado a que en forma progresiva más campesinos dejen de sembrar maíz y yuca: les resulta más rentable plantar esa hierba prohibida. También hay más de 40 asentamientos mineros de oro, cada uno con varias minas, algunas pequeñas, que pagan una forma de impuesto al grupo armado que esté dominando.

Esa guerra se ha extendido por toda la región, pero la presencia de los grupos armados no es cosa de ahora. Entre 1964 y 1965 nació en las montañas de Santander el Eln y en el mismo 1965 las recién creadas Farc enviaron un frente guerrillero al Magdalena Medio. Esas organizaciones revolucionarias crecieron y se volvieron el mayor poder en la zona, amparadas en la inexistencia del Estado por estos lados.

Años más tarde, a comienzos de la década de los ochenta, surgieron en Puerto Boyacá y Puerto Berrío, apoyadas por el Ejército Nacional, las primeras autodefensas del país que empezaron a defender ideologías de derecha. Ganaderos y comerciantes fueron sus patrocinadores e impulsores. Buscaban neutralizar a esa guerrilla que se había desbordado en secuestros, extorsiones y asesinatos, principalmente de los pudientes. Al final de esa década llegó el narcotráfico que invirtió dinero en ellas, les patrocinó tenebrosos cursos de entrenamiento con mercenarios israelíes e ingleses, y las convirtió en sus ejércitos privados. Ahí se armó Troya.

Cometieron magnicidios, activaron bombas, sembraron el terror y pusieron en jaque al Estado. También se mataron entre ellos. En el Magdalena Medio, muchos pagaron los platos rotos de esas guerras, en particular dirigentes políticos de izquierda, líderes populares y campesinos rasos. Hoy, esas mismas autodefensas y otras que aparecieron luego siguen controlando la zona. La *recuperación* de esos terrenos a la guerrilla ha sido cosa de espanto. Aunque es historia conocida, causan escozor los detalles que cuenta la gente tanto de aquellas épocas como de la actual. Como ocurre en tantos sitios de Colombia, hasta las conversaciones más triviales saltan fácilmente hacia las referencias a la violencia. Es como una pesadilla que se mantiene viva y que aflora en demasiadas charlas.

De San Pablo queda entonces la última travesía por río hasta Barrancabermeja. Desde lejos se ven las columnas de humo de la refinería. *Barranca* empieza a tener estructura de ciudad aunque sigue con la mentalidad de pueblo de trabajadores ricos. Ha sido la meca del Magdalena Medio desde la década de los veinte, cuando se asentó la industria del petróleo y se explotaron los *campos de oro negro* que cubría la llamada Concesión de Mares. Allí ha habido trabajo, dinero y agrias luchas de reivindicación social y laboral.

En esa ciudad viven Evangelina Gómez y Francisca Vásquez, dos mujeres que llegaron siendo adolescentes con la ilusión de mejor futuro. Como ellas dicen, empezaron a cantar de verdad estando "ya viejas" porque antes sólo lo hacían cuando realizaban los oficios domésticos o entretenían o dormían a sus hijos y nietos. No han tenido suerte con los grupos de tamboras que las acompañan como cantadoras; primero, por malos manejos de quienes dirigieron las agrupaciones; luego, por la violencia que les quitó a Benjamín, el hijo de Evangelina que siempre estuvo a su lado y con quien componía canciones.

Hablar con ellas es conocer la historia de los menos favorecidos de *Barranca*, de quienes viven de espaldas a los trabajadores de Ecopetrol, la empresa estatal de petróleos de Colombia, emporio que es la *teta* de la que vive la ciudad.

A partir de Barrancabermeja, la geografía cambia: vamos a San Vicente de Chucurí y luego a Landázuri, pueblos ubicados a mitad de loma, en las montañas de la Cordillera Oriental de Colombia. Aunque también son del Magdalena Medio, son muy distintos de los pueblos ribereños. Y eso se nota también en la música de los olvidados que hallamos.

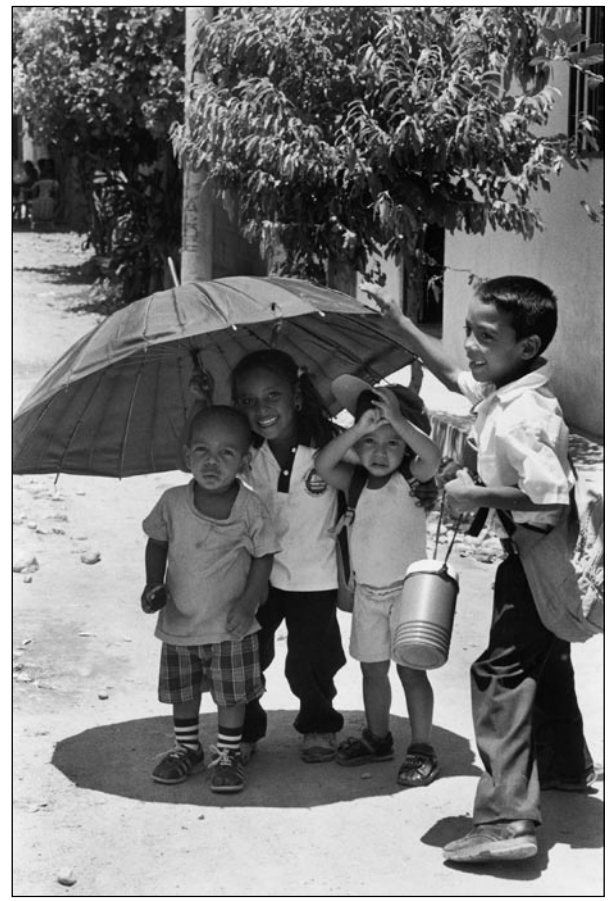
En San Vicente, Juan Ibarra y sus hijos tocan música guasca y carrilera, ritmos que gustan bastante en las zonas cafeteras de Antioquia y el antiguo Viejo Caldas. Y en Landázuri, Carlos Rodríguez y el Sabor Fiestero interpretan música carranguera, oriunda de los campesinos del sur de Santander y el departamento de Boyacá. En sus composiciones, ambos reivindican el trabajo en el campo, la tierra, las costumbres simples de quienes habitan esas veredas.

¡Qué distinto es todo allí. No sólo lo que suena! La piel de las personas, su manera de relacionarse, su sentido de la familia, la comida, el paisaje... Hay unos 350 kilómetros entre Río Viejo y estas montañas, y parece que fueran otro país. En lo único en que concuerdan es en el abandono y en todos los males que ello trae consigo.

Y como si fuera una negación a todo lo malo, aquí se encuentra el primer lugar de Colombia donde una comunidad fue capaz de dialogar con la guerrilla, los paramilitares y el Ejército sin mediación alguna de nadie para lograr lo imposible: que los tres respetaran a la gente para que la guerra no se los tragara. Ese proceso de paz lleva 16 años y lo gestó la pequeña comunidad de La India, situada a orillas del río Carare.

Todo esto es el Magdalena Medio que verán aquí, una región que sorprende a cada "vuelta" del río, a cada loma de montaña, reflejo de una Colombia diversa, conflictiva y alegre y que al comienzo del siglo XXI sigue condenada a la exclusión.

Aquí está la vida de unos músicos olvidados y, de paso, un recuento de lo que ha sido y es hoy la región. No es la historia acartonada y seca de un académico; es la versión de quienes mejor la conocen pero que casi nunca son consultados. La historia según quienes la viven en su propia piel.



Se trata de una región que sorprende a cada "vuelta" del río, a cada loma de montaña, reflejo de una Colombia diversa, conflictiva y alegre que sigue condenada a la exclusión

una guitarra y vainas alegres y tristes que tiene uno

La guitarra le salvó la vida y es la vida de José Alcibiades Flórez, *Quemazón* o *Quema*, como llaman a este músico del municipio de Río Viejo. La historia ocurrió hace medio siglo. Estaba en Barrancabermeja, un día de 1952, y *la chulavita*, la tenebrosa policía del gobierno conservador de Laureano Gómez, había llegado al puerto petrolero.

A él le daban temor los hombres del Estado: era liberal, *gaitanista* para más detalle, lo que lo hacía vulnerable a caer en desgracia con ellos. Y eso podía significar lo peor. Tenía 19 años y por entonces estaba en pleno auge La Violencia, período en el cual el país fue dividido por el sectarismo de los dirigentes de los partidos Conservador y Liberal. Eso condujo a una guerra política entre *azules* y *rojos* que dejó, según algunos historiadores, entre 200 mil y 300 mil muertos en esa década.

Una noche, Alcibiades saltó de miedo cuando tocaron violentamente la puerta de su casa. Al abrir, penetraron en forma abrupta varios policías. Revisaron todo, insultaron, tiraron al piso los baúles, pisotearon la ropa... Pero, mientras cometían el atropello, el cabo que estaba al mando vio colgada una guitarra española con clavijero, muy linda ella:

—¿Por qué no me la vende?— le dijo el tipo.

—No está en venta. Apenas la compré— respondió el joven.

—Demuéstreme que sabe tocar.

"Las patas me temblaban —recuerda José Alcibiades—. Me tenían sin camisa, con la bayoneta puesta sobre la espalda". Empezó a tocar una canción, *Rosa Linda*. Al cabo le gustó, pero insistió en querer la guitarra. Sin estar en posición de nada, Alcibiades le dijo:

—Considere que a mí me gusta esto y no la quiero vender.

La música parece que tocó alguna fibra en ese hombre, pues ordenó salir a su tropa.

—Si algún día la va a vender, se la compro— comentó al salir.

Serían como las 10 de la noche de un toque de queda que en Barrancabermeja iba de 6 de la tarde a 6 de la mañana. Allá, como en otras zonas, eran tiempos de zozobra.

José Alcibiades Flórez Contreras, liberal como su padre, dice que esa noche se escapó de morir gracias a su guitarra. "La música me ha salvado de muchas vainas. Yo no sé, debe ser porque con ella yo le caigo en gracia a la gente". Cuenta esto sentado en una mecedora de colores, en una noche calurosa de julio, llena de mosquitos, en Río Viejo. En su charla ha mencionado en varias ocasiones la muerte. La ha referido en el relato de su vida y como el próximo paso que le espera.

¿Y por qué te llaman *Quemazón*?

Desde 1957, José Alcibiades, *Quemazón,* carga con ese apodo que le quedó de una canción: "Resulta que un policía se enamoró de una muchacha bonita del pueblo y se la iba a llevar. A la orilla del río se armó un alboroto. A raíz de eso saqué esta parodia con un ritmo pegajoso":

Yo había resuelto no hacer más cantos
porque una vieja me demandó.
Pero resulta que ocurren casos,
oigan muchachos, que no me aguanto
que allá a Enriqueta, esto le pasó.
Dijo Enriqueta, lo que a mi hija
con buen calzado, con buena ropa,
con buen esmero y estimación,
pa´ que viniera ese policía
de peso largo, cara de tuerca
nariz parada, canilla seca
y le formara la quemazón.

Empezó a cantar y de inmediato la gente le puso *Quemazón*. Flórez tenía 24 años y cuando cantaba la gente se arremolinaba a escucharlo. En un tumulto de aquellos tuvo un problema con la Policía que argumentaba mofa de la autoridad con esa canción. El joven *Quema* les advirtió: "Mucho cuidado con meterme a la cárcel porque yo soy de Sayco, la sociedad de autores y compositores de Colombia, que no sólo armará escándalo si me detienen sino que incluso, óigalo bien, señor agente, los demandará por abuso de autoridad". ¡Puro cuento, no pertenecía a nada! Pero sirvió: los policías no volvieron a molestarlo jamás.

La guitarra es el armazón de la vida de José Alcibiades Flórez

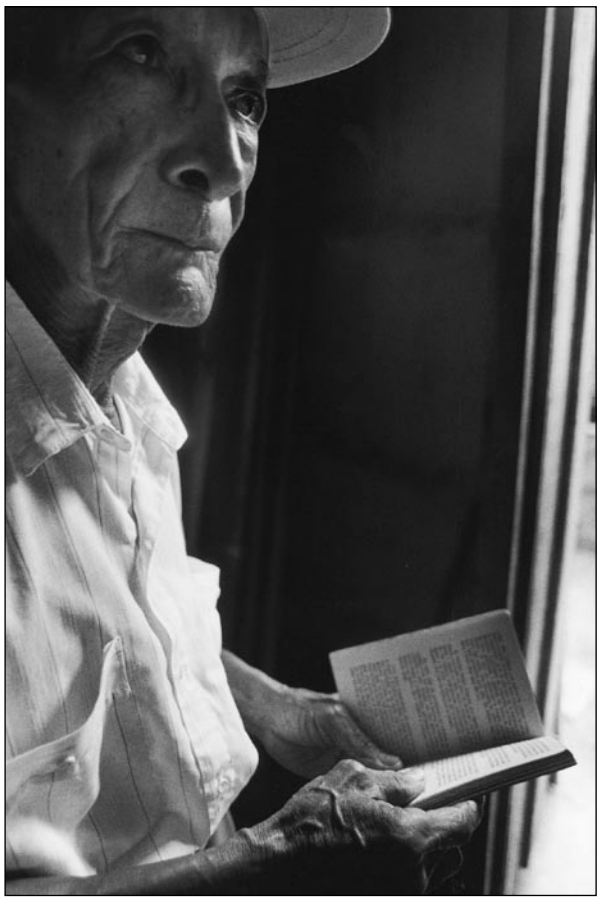
Secretos contra el veneno de las serpientes

La *boquidorá* (boca dorada) es una culebra a la que se le tiene terror en esta región. Lo confirma Esteban Ballesteros Flórez, de 80 años, poseedor de los secretos para curar picaduras de serpientes. El sanador vive con su familia en el casco urbano de Río Viejo y desde hace 30 años la gente acude en su auxilio cuando los ataca una serpiente.

"Cada culebra tiene su planta y culebras hay muchísimas. Saber qué serpiente picó es duro", cuenta a la vez que argumenta que aprendió a identificar algunas clases según la huella de la mordida y el tipo de pulsación sanguínea de la víctima: "La cascabel da el pulso duro (muy fuerte) y se coge arriba del brazo, junto al *lagarto* (el bíceps). El pulso de *boquidorá* da el golpe y desaparece. Pero todos los pulsos no se conocen".

Lo primero que hace Esteban Ballesteros con un herido es bañarlo. Luego evalúa los síntomas y busca las hierbas para la curación: un bejuco llamado cadena, para la cascabel; capitana, para varias clases de picadas; sangregado, para lavar las heridas... Solobasta, solita, contraprieta, cedrón, pepa de aguacate, helecho común, altamisa, fruta de burro... "Cada hierba tiene su puesto. Si yo no tengo plantas, hago con fe rezos de Dios, nunca del diablo porque en estas cosas algunas personas usan hechizos diabólicos".

Esteban asegura que hay minerales y sustancias animales que también tienen su puesto en las curaciones, como el colmillo raspado de caimán, que es un antídoto contra el veneno.



Dios y sus menjurjes son los remedios de Ballesteros Flórez

Setenta años viviendo. Su rostro moreno y ajado está por estos días cansado. Viste sencillo pero pulcro: camisa rayada de manga corta bien planchada, lapicero plateado en el bolsillo, pantalón café con correa, zapatos de calle algo gastados pero aún en buen estado. Cuando no trabaja de albañil, le gusta ir bien vestido.

Está desengañado: lleva tres meses sin trabajo porque las divisiones políticas se mantienen aunque sin la violencia de antes. Toda su vida ha sido oficial de construcción y asegura que la administración municipal no le da trabajo arreglando calles o escuelas porque no votó por el alcalde actual. Y es que en pueblos como Río Viejo, donde el Estado es el mayor empleador, no favorece pensar diferente de quien gobierna.

A pesar del mal rato que cuenta estar pasando hace esfumar esa sensación cuando coge la guitarra y se anima a rememorar su pasado. Entonces relata historias de su región y de su vida, difíciles y alegres, porque así es la vida de muchos a orillas del Río Grande de la Magdalena.

Como tanta gente del Magdalena Medio, ha sufrido desde antes de nacer. Su padre, por ejemplo, tuvo que salir volado de Río Viejo durante la Guerra de los Mil Días, en el paso del siglo XIX al XX. Como cosa rara en Colombia, esa guerra también fue por disputas políticas. El pueblo fue incendiado y sólo quedó la ermita, que era de palma; la gente huyó hacia los montes. "Mi papá me contaba que les tocaba correr como venados porque si no *los pelaban* (los mataban)".

Al nacer *Quemazón*, el 2 de julio de 1933, el pueblo era pequeño, estaba tranquilo y los barcos no pasaban por el brazo del río Morales (parte del Magdalena), en cuya orilla está Río Viejo. Sólo cruzaban los champanes (canoas grandes) manejados por bogas (hombres que los impulsaban con varas largas), quienes preferían esas aguas menos caudalosas.

"Cuando yo abrí los ojos al mundo había champanes de unos 15 metros. Eran de una sola pieza: tumbaban el árbol y hacían tremenda canoa. Ahora, como hay motosierras, las hacen por partes. En todo el centro les hacían una tolda: cogían unas varas delgadas de guadua y formaban un arco que ponían digamos cada tres metros. En esas curvaturas le montaban una enramada bien tupida con hojas de vijao. Eso soportaba tormentas fuertes y no se mojaban. Unos guindaban hamacas y otros hacían su cama ahí".

"A Bodega Central, un pueblo arriba de Gamarra, iban los bogas a buscar quina. Manejaban los champanes con varas largas, palancas que tenían una horqueta en la punta. A veces tenían canalete, una tabla con una manigueta que hacía las veces de timón. En otras esa función era con un remo que permitía que la barca se moviera según se quisiera".

También explica que esa navegación era eterna. Subiendo se hacía por los costados, donde alcanzaba la palanca. De Río Viejo a Barrancabermeja gastaban ocho días. Bajando, la corriente ayudaba y permitía más velocidad. Igual que ahora, a la gente le preocupaba el tiempo de viaje, pero también entendía que por río ese es un concepto elástico.

La marginación de la zona ha hecho que antes y ahora la gente sepa hacer de todo para sobrevivir. Por eso el papá del *Quema* fue agricultor, pescador, pequeño ganadero que llegó a tener 70 vacas y hasta tinterillo (quien lleva negocios judiciales sin ser abogado) y hacía escrituras de propiedad sin nunca haber estudiado leyes. También sabía hacer casas de bahareque. Cuatro matrimonios tuvo don Francisco, que dejó una prole de 20 hijos.

Hasta ahí nada raro, confiesa *Quemazón*. Ni siquiera cuando él se encontró con la música, en 1940, con siete años. "Un señor le daba clases de tiple a mi hermana. Cuando ella dejaba de tocar yo doblaba el pico y *chazz*, cogía el tiple y me ponía a *charrasquiar*, que es como se llama al rasgueo". Usaba los dedos por instinto. La hermana lo cogía y le decía: "Así es sol mayor, el do se logra así...". Fue de esa manera como empezó a darle forma a la primera canción que tocó más o menos bien, un tema cartagenero que llegaba a sus oídos desde los pocos gramófonos que había en el pueblo. Quienes lo escuchaban manifestaban que lo hacía bien. "Nunca me preocupé por aprender en forma correcta la música. Yo por ejemplo escribo una canción con puros números. Las cuerdas van numeradas: la primera el 10, la segunda el 20 y así sucesivamente, y según la posición de los dedos en el traste de la guitarra, se van numerando: si se pisa la primera cuerda en el segundo traste, es el 12. Así construyo la melodía".

La vida empezó a darle vueltas a los diez años, cuando lo llevaron a Barrancabermeja. A partir de ahí fue un continuo trajinar. A los 15 años descubrió la guitarra y se enamoró de una muchacha nueve años mayor que él, a la que le compuso la primera de sus 40 canciones.

Quemazón construyó la casa que ahora es su único patrimonio

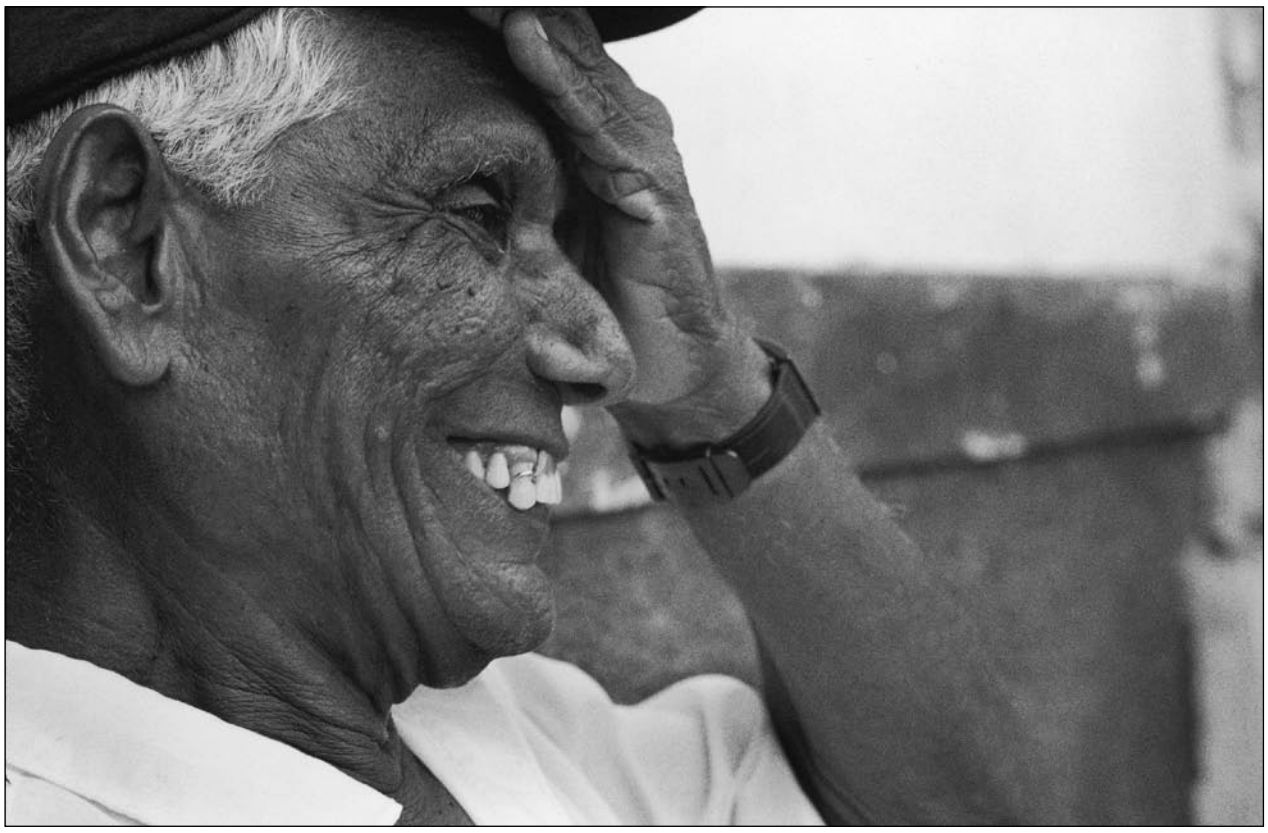
Río Viejo era entonces diminuto, con unas 180 casas y no más de 2.000 habitantes. “La producción agrícola era mayor que en la actualidad —recuerda Alcibiades—.

Se cultivaba plátano y yuca, tenían vacas y pescaban doncella, bagre, coroncoro... Cada finca tenía una cementera para cultivo. El río se entraba dos veces al año y algunos empezaron a dejar de sembrar y a cultivar forraje para el ganado de quienes no tenían potrero. Es doloroso ver ahora que la gente del campo tiene que venir al pueblo a llevar tomates o *harinapan* para hacer los bollos (masa redonda para acompañar las comidas). En este pueblo, 40 años atrás había pobreza pero nadie aguantaba hambre”.

Alcibiades cuenta de su pueblo y del Magdalena. En el embarcadero, la música de la caseta está tan alta que no deja conversar. Allí, los pasajeros se sientan a esperar las chalupas y los Johnson (canoas largas con motor fuera de borda). Los bafles *muelen* vallenato, música tropical y norteña. Unos soldados asignados en forma permanente al sitio de arribo, saludan con desdén.

Quemazón recuerda que el agua del río era más clara, tenía abundancia de peces y veía subir y bajar más motonaves. Sus viajes constantes por la región los hizo por vía fluvial y afirma que el mejor tiempo para la navegación fue cuando estaban los grandes barcos. Sus imágenes de niñez y adolescencia lo devuelven a esos días en que iba a tomar con su familia el *David Arango,* el *Medellín,* el *Monserrate,* el *Guadalupe,* el *Santander...* palacios flotantes en los que viajaba en tercera clase.

“El *David Arango* tenía un salón donde bailaban con orquesta. Era de vapor, como los que iban por el río Missisipi, en Estados Unidos. Había un comedor colectivo atrás, en una parte espaciosa. Tenía varios pisos para primera clase, segunda... En el cuarto nivel estaban los camarotes y arriba unas ocho piezas para los capitanes, contramaestres y prácticos. El barco se deslizaba poco a poco y había tiempo para ver el paisaje: se encontraban caimanes, babillas, tortugas, patos cucharos, garzas, una fauna que engalanaba las playas. Apenas estaban cerca los barcos, todos los animales corrían al agua o se echaban a volar. Un viaje de esos era una experiencia muy bonita”.



“Yo siempre he dicho que la fortuna no se hizo para mí. Si no he ganado plata, he tenido momentos de mucha satisfacción y eso se lo debo a mi guitarra¨

Veintisiete veces viajó en los barcos y 27 han sido las guitarras que le han regalado en toda su vida: en 70 años, sólo ha comprado seis. Tras un viaje de esos, otra vez en Barrancabermeja, lo cogió el 9 de abril de 1948. La noticia del asesinato en Bogotá del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán la escuchó cuando iba por agua al pozo. A los diez minutos de conocido el crimen, los trabajadores de la refinería estaban en la calle protestando y el ambiente se calentó: las turbas cogieron a la policía y la encerraron, tumbaron al alcalde y hubo una junta revolucionaria que empezó a gobernar la ciudad.

Ese día vio matar a un hombre que fue señalado de asesinar a un jefe liberal en el municipio santandereano de Oiba. Alguien gritó que quién le *iba a dar* (quién lo iba a matar) y un hombre que llevaba un machete largo lo desenfundó y le dio un golpe. "Yo tenía 14 años y eso no se me olvidará nunca".

El país se prendía unos días y se tranquilizaba otros. La alteración era aquí y allá. En Río Viejo, el 2 de noviembre del 49, unos 70 *chulavitas* entraron y mataron a cuatro personas. "Este pueblo ha tenido momentos muy aciagos". Ese día quedaron en Río Viejo sólo 14 personas: todos corrieron a los montes. Los perros aullaban y su lamento se oía en todas las calles. "A las 6 de la tarde, uno lloraba de ver lo triste que estaba el pueblo". En medio del susto, Alcibiades corrió hasta el cementerio y se escondió tras una bóveda que todavía existe. Le hicieron un tiro fallido y apenas sintió que le cayeron encima los pedazos de cemento que levantó la bala.

A *Barranca* siguió yendo y allí siguió cantando. El gobierno nacionalizó el *oro negro* en 1951 y creó Ecopetrol, la Empresa Colombiana de Petróleos. La ciudad no se detenía: Alcibiades iba allí a trabajar en albañilería. La música era una afición que le ayudaba a ganar un dinero extra. Se metió al sindicato de Sideico, Sociedad de Ingenieros Colombianos, pues los trabajadores eran más de mil y no tenían garantías. Las disputas laborales eran frecuentes en *Barranca,* igual que ocurre hoy con la Unión Sindical Obrera, el actual sindicato de Ecopetrol. En eso, las cosas poco han cambiado.

Durante los años cincuenta Alcibiades compuso la mayoría de sus canciones, con letras más profundas. Hizo un tango sobre la soledad, boleros y cumbias. Y siguió viajando. Trabajó en Fundación (Magdalena) y en Maicao (Guajira). Tiempos de rebusque, tanto así que alternó el manejo de un bar con 14 prostitutas con el llenado de carros de arena y balastro. Cuatro años duró por allá.

Tocó en radio por primera vez en la emisora Ecos de Ocaña, en el pueblo del mismo nombre. Volvió a *Barranca*, conformó el Trío Los Porteños y se hizo escuchar por Radio Barrancabermeja; luego pasó a la famosa Radio Pipatón como músico de planta: trabajaba en un programa que los domingos, de 11 a 12 del día, promovía nuevas estrellas en la región. El espacio se emitía en directo por las emisoras de Bucaramanga y San Gil, y el locutor lo presentaba como "el maestro Flórez".

También se presentó en Barranquilla; en La Voz del Río Grande y la Voz de la Candelaria, en Medellín; en Emisora Fuentes y en la Voz de las Estrellas, en Cartagena.

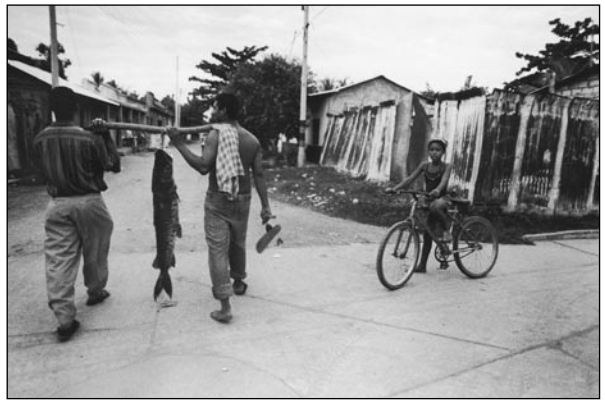
En los años sesenta vivió de levantar casas, hacer aulas, administrar una cantina en el centro de su pueblo... lo que resultara. Y fue concejal del 68 al 70 cuando Río Viejo era corregimiento de Morales.

A la radio sólo volvió mucho tiempo después. Fue en Radio Bucanero, en Cartagena, en la época dura, recién llegado de Venezuela. Estaba tan flaco por el hambre que aguantaba que en la emisora le dijeron: "Viejo, ¿a usted todavía le queda voz?".

Quemazón se toma los brazos para contar que las decepciones con la música han sido muchas y que muchas veces ha pensado dejarlo todo, vender o regalar esa guitarra...

En la última etapa de su vida estuvo 20 años fuera de Río Viejo. Tampoco fue de abundancia. Trabajó en Santa Marta como vigilante para una empresa mexicana constructora de oleoductos, y allí le metieron en la cabeza la idea de irse a Venezuela. Era mitad de los años setenta y los colombianos se iban por montones ya que el vecino país vivía su bonanza petrolera y su moneda estaba fuerte: un bolívar valía 16 pesos colombianos.

Esa vez, Alcibiades escapó por tercera vez de la muerte: la noche que renunció mataron al celador que lo reemplazó. "Unos hombres se entraron a robar. Si me hubiera quedado, a mí era al que habían *pelado".* Se fue a Maracaibo sin documentos y sin idea de dónde trabajaría, pero compró una guitarra española con la que se entretenía en las noches y los fines de semana. "Cuando veía un policía las piernas me temblaban —recuerda *Quemazón*—.



Malo si pescas, malo si no pescas

Cuando el día empieza a clarear, uno de los espectáculos de la pesca artesanal ocurre sobre las pequeñas canoas. En la proa, el atarrayero alista una red redonda llamada atarraya, con plomos en los extremos. El hombre de popa, el patrón, arroja a unos 20 metros una bola de barro y aguarda un momento. De esa manera asusta a los peces, que nadan a otro sitio. Luego tira otra bola de tal forma que ellos se acerquen al bote. En ese instante, el de la atarraya la hace girar sobre su cuerpo y la lanza al aire como un hongo que va a caer sobre el agua para hundirse. Lo que viene es halar la red en la que puede haber 300 animales... o quizá ninguno.

Pero la maravilla mayor se aprecia cuando se *corralea*. "Se juntan 10, 15, hasta 20 canoas —dice Juan Mendoza, uno de los buenos pescadores de Río Viejo—. Se van en fila y cuando se cree conveniente, hacen un círculo de canoas. A la señal del puntero, todos lanzan sus atarrayas. Eso es en ciénagas o en un río cerca de las playas".

Los pescadores como él saben cosas que sólo la experiencia enseña. Por ejemplo, detectan cuándo desovan peces como el bocachico, al escuchar en el silencio del río pequeños ronquidos de los machos que parecen refunfuñar debajo del agua. "Eso significa que el pez está *culeco*, que está dejando la hueva por donde va nadando. En esa época no se debe pescar; es de mayo a junio, cuando el animal está preñado".

Pero este oficio es ingrato. En temporada de subienda, cuando miles de peces inician una travesía río arriba que puede cubrir más de 600 kilómetros, los intermediarios que compran pescado abusan porque hay abundancia. "Los comisionistas ponen el precio y las condiciones. En subienda han llegado a pagar a 700 pesos el kilo (un cuarto de dólar). Uno se pone a pensar si venderlo así o no. Y toca porque de eso vive uno", relata Mendoza.

La lógica es nefasta: trabajan más porque se necesita pescar más, pero ganan menos. La subienda termina en febrero y la situación no cambia; si bien el valor sube cuando los pescados escasean, las ventas no mejoran luego porque ya no cogen lo suficiente.

"Si tuviéramos una pesquera y una nevera, podríamos manejar el precio. Como no tenemos dónde almacenarlo, viene el problema porque se aprovechan de nosotros. Y botar los pescados tampoco podemos. Toca venderlos a como sea".

Los colombianos vivíamos bien porque con lo que ganaba uno en un día, comía toda la semana. Lo malo era que había bastante colombiano malo y entonces la Guardia Nacional perseguía y *daba mucho plan* (garrotazos)".

A los dos años llegaron su esposa y sus hijos, que aparecieron en los huesos por las penurias que estaban pasando en Colombia. La albañilería y no la música, como siempre, les daba el sustento.

De pronto supieron de una *invasión* de tierras y vieron la oportunidad de hacerse con una casa. Levantó un rancho que tenía sólo una pieza y las paredes de cartón grueso. La *invasión* era de 17 calles, había más de mil *viviendas* y unas 4.000 personas, el 95 por ciento de Colombia. Todo era ilegal. Por eso, un día la empresa de energía llegó y tumbó todas las conexiones clandestinas. Esa noche, a las 2 de la mañana estaban otra vez puestas. Entonces volvieron a tumbarlas. Tras un acuerdo con la empresa, les instalaron los postes y a los 15 días les llegó la electricidad. *Quemazón* fue uno de los líderes de las reivindicaciones que fueron logrando. Los colombianos sacaron los equipos de sonido y armaron tremenda rumba porque así es la vida de los nuestros: de una pena a un baile sólo hay un paso.

En Venezuela, José Alcibiades no consiguió un centavo como músico ni compuso nada. Tampoco supo mucho de Río Viejo. A Colombia volvió en 1985, primero a Santa Marta y luego a Cartagena, donde la suerte que lo seguía hizo que le robaran su guitarra. Pero un día, en una peluquería vio una y pidió que se la dejaran tocar. Cuando sacó las primeras melodías le preguntaron si quería cantar en una taberna. Ensayó entonces a ser serenatero profesional y por dos años y medio estuvo viviendo de la música, por primera y única vez en su vida.

En un restaurante, un día le cantó a Alan García, el entonces presidente del Perú, en una fiesta que duró hasta las 5:30 de la mañana. El mandatario quedó contento, tanto que prometió llevarlo a Lima y mandarle su avión personal para que lo trasladara. García terminó su mandato y jamás se acordó de la invitación; era entendible: aquella fue una promesa de borracho, además de político.

Con la disminución del turismo extranjero por la inseguridad del país, Cartagena se fue quedando sola y los músicos perdieron trabajo. Entonces, en 1993 Alcibiades volvió a Barrancabermeja y luego a Río Viejo. Al llegar a su pueblo lo encontró cambiado: el río se había comido cerca de 25 metros de calles, tenía unos espolones enormes para que no siguiera llevándose los barrancos, el brazuelo Papayal se había secado, la isla que está frente al municipio había crecido más de 30 metros... Los años habían pasado y el Magdalena seguía transformando el entorno y determinando la vida a su alrededor.

—*Quemazón*, ¿cuándo te vas a cansar de estar tocando guitarra?— le preguntan.

"Nunca, eso hace parte de mi vida. Si estoy trabajando albañilería y llego a las 5 de la tarde a la casa, me baño, como y cojo mi guitarra a sacarle sones, boleros. Yo siempre he dicho que la comunicación más universal que hay es la música".

Río Viejo volvió a ser su espacio de vida: la Alcaldía, el templo católico que sobresale cuando se llega por río, las cantinas que *destilan* música a todo volumen de lunes a domingo, el hospital, las tiendas de variedades, el recinto del concejo municipal donde José Alcibiades Flórez Contreras ha tenido en cuatro ocasiones un escaño a nombre de los 27 mil ciudadanos de esa comarca...

Su casa es una vivienda que ha levantado en los últimos años con mucho esfuerzo. Tiene las paredes de ladrillo pelado y prácticamente ningún mobiliario. Allí aparece su esposa Libia Aislant, con la cual no vive, y varios de sus hijos. En total, tiene ocho, cinco con Libia y tres más fuera del matrimonio. *Quemazón* coge la guitarra y empieza a sacarle melodías. Lo acompañan en la guitarra Fernando Campo Duque, un sobrino, y en la guacharaca, Álvaro Ballesteros Pedrozo, hermanos de música en los últimos meses. Algunos vecinos se acercan porque la serenata es a mitad de calle y las canciones suenan lindas.

"Yo siempre he dicho que la fortuna no se hizo para mí. Si no he ganado plata, he tenido momentos de mucha satisfacción y eso se lo debo a mi guitarra. Si no la tuviera, yo pasaría desapercibido en la vida".

Esa noche, *Quemazón* canta sólo canciones suyas y está alegre. Su música lo hace sentir feliz.

Cumbia del recuerdo
Autor: José Alcibiades Flórez
Cumbia

Champanes de los abuelos
no surcan el Magdalena
hoy sólo quedan recuerdos
de cosas buenas y bellas.

Hasta los barcos se fueron
y más nunca regresaron
con el transcurrir del tiempo
en el olvido quedaron.

Coro:
Ay Río Magdalena
si yo pudiera
volverte lo que has perdido
tus champanes y tus barcos
que en la historia
se han dormido.

Tan sólo los pescadores
conservan la tradición
porque son los trovadores
del río de su gran pasión.

Pero el Magdalena altivo
sigue besando a Colombia
y como en tiempos ya idos
sigue muy grande en la historia.

Jugueteando en las playas
y besando sus riberas
llevando pena en el alma
bajando va el Magdalena.

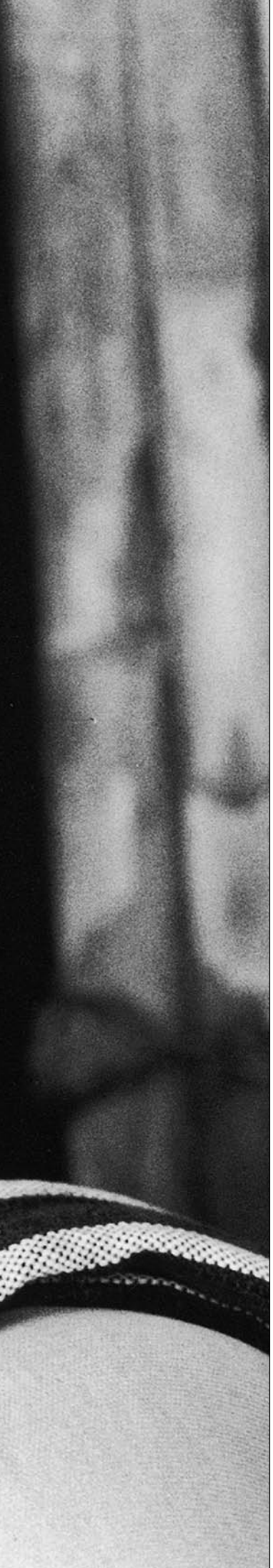
"Así es la vida de los nuestros: de una pena a un baile sólo hay un paso"

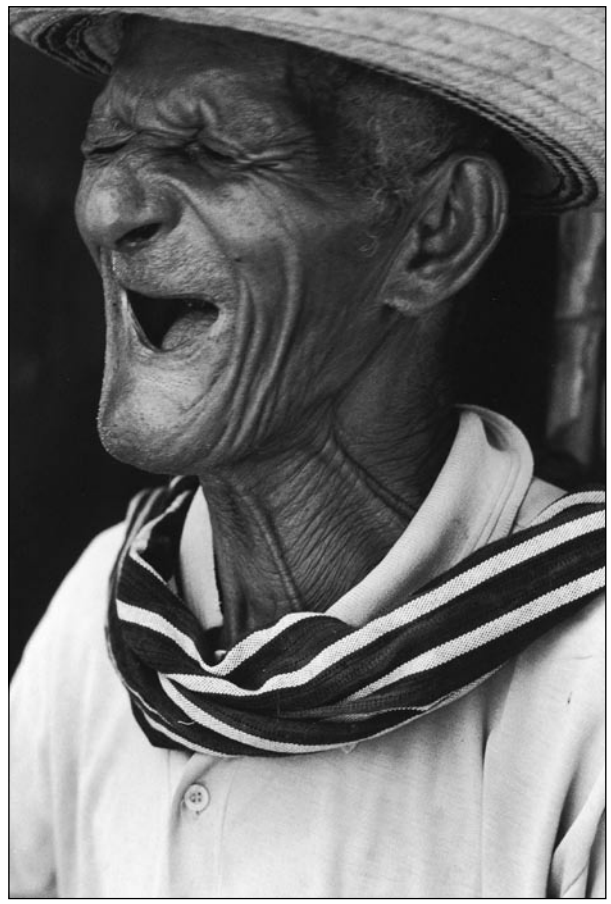
El Río de la Magdalena

Don José Alcibiades Flórez dijo ayer que la cumbia es más bella porque se parece al río, porque cuenta lo que está pasando en él. Yo creo que es *Quema*, como le dicen en su pueblo, el que se parece al río.
De piel oscura como las aguas del Magdalena al que tanto le ha cantado, cabello gris y unos dientes traviesos que bailan en su mandíbula. Sus cumbias tienen esa manera lenta y cadenciosa que tiene el río para moverse. Su voz, igual que la corriente de este Magdalena que transito ahora mismo, me va llevando poco a poco perdiéndome en la noción del tiempo.
Canta Alcibiades.
Canta el río.
Cuentan historias de sus gentes, de lo que ambos perdieron, de lo que fueron, de lo que son.

La cumbia me mece.
El río me atrapa.
Cierro los ojos y la voz del viejo se mezcla con estas aguas que me conducen a San Pablo, y ya no sé distinguir si es el río o el viejo lo que me produce esta sensación de nube. Pienso que no importa, que son uno solo.

Diana Restrepo





el toque de los esclavos sigue intacto en Arenal

Arenal resulta fascinante. Por ejemplo, se dice que hasta no hace mucho la gente creía que en Semana Santa había que regalar la leche que sobraba porque si no, se volvía sangre. También aseguran que no se podía trabajar en el campo durante los mismos días santos pues si se picaba un palo con un machete igualmente brotaba sangre. Y cuentan que había brujas y que el mismísimo Satanás se aparecía, como testimonia Medardo Herrera, quien jura que una vez lo vio en persona.

¡Bendita Santa Rosa de Lima!, patrona de este pueblo que tanto te venera, que ninguna cosa maligna se nos aparezca. Lo mejor, dicen aquí ante tantos fenómenos sobrenaturales (mal de ojo y bastante peligro de carne y hueso) es una aseguranza que por 15 mil pesos protege de todo peligro y mal. Es un amuleto de tres centímetros de tela roja, en forma de corazón, que tiene dentro una piedra de imán y pimienta en grano, al que atribuyen dones protectores después de hacerle un rezo especial. Lo llevamos en el bolsillo del lado izquierdo, según las instrucciones, cual escudo mágico en el que no creemos pero que no sobra cargar.

Los campesinos que viven al borde del Magdalena madrugan a trabajar y en la orilla mantienen su canoa de remos, vehículo familiar y de trabajo. De Río Viejo se va en chalupa hasta Bellavista y de ahí por tierra a Arenal. Tal vez el lugar más hermoso de la carretera es Carnizala, un caserío atravesado por un caño del mismo nombre. En medio del cauce hay lavaderos de palo cubiertos con hojas enormes. Las mujeres que limpian su ropa tienen el agua hasta la cintura en una escena que se ve como de pintura: ellas metidas entre el caño azul, a la izquierda un verde intenso de plantas acuáticas y a la derecha el grupo de casas, casi todas de madera y techo de palma, ubicadas entre los árboles y la tierra de color ladrillo.

En este pueblo vive la familia de José Elías Pacheco y Eusebia Pimienta, tamborero él y cantadora ella. Su hija Rufina, que además de cantar baila, ha seguido con la tradición que es herencia de los pobladores de esta región en cuatro siglos de existencia: los cantos bailaos y los ritmos de tambora.

A diferencia de otros municipios de la región, Arenal no está sobre la ribera del Magdalena porque tuvo que nacer escondido. Empezó como palenque de esclavos a mediados del siglo XVII, de cimarrones que se fugaron de la mina La Honda. Los negros libertos se ubicaron a orillas de la quebrada Arenal y se dedicaron a cultivar caña de azúcar y tabaco, además de explotar oro en forma artesanal.

Esas grandes minas se acabaron pero a la tierra le siguen extrayendo ese metal. Hoy, uno de los problemas de Arenal radica en la contaminación de la quebrada con el mercurio y el cianuro que usan, muy arriba en el lecho, quienes todavía viven de esa

Migue, una risa, un tambor, una vida

Los *cantos brincaos*

Cuentan los adultos de Arenal que en las noches de luna clara, hace 30 ó 40 años, la gente del pueblo se divertía con los *cantos brincaos,* juegos tradicionales en los cuales podían participar todas las personas que quisieran, sin importar su edad. Cada juego tenía su canto y muchos consistían en una larga fila detrás de una persona que hacía las veces de líder y llevaba el ritmo de la canción. Tomados de la mano, iban cantando mientras recorrían las calles de la localidad. Al pasar delante de una casa o encontrarse a alguien, invitaban a unirse a la cola. Dicen que cuando había mucha gente, el canto se escuchaba a kilómetros de distancia. *"Pica la zaína, kíkiri gallo, compae machacao, se vende la mula, burrito a quién montó, esconde la correíta, el burrión, el arrincó-namelá, el pato cucharo, arrimbimbá, zumba la cazumba..."* Estos juegos se alternaban con aquellos que tenían los niños cuando estaban en grupos pequeños: en junio, el trompo; en julio, bolita uñita (canicas); en agosto, las cometas... Cada mes tenía su forma particular de diversión. Los juegos tradicionales eran una forma de socialización y de transmisión cultural de valores y principios colectivos. A la vez, representaban la unión de la comunidad. "Era algo amable, para relacionarse todo el mundo con ternura", dice Eliécer Peña Flórez, compositor y defensor de esta tradición. En muchas ocasiones, lo que empezaba en forma improvisada se volvía una fiesta general en la que a los adultos les ofrecían ron y a los niños algo de comer. Incluso, se hacían fogatas en las esquinas y a veces se amanecía cantando y brincando.

actividad. Por eso nacen niños con deformaciones como el labio leporino. De la situación tienen pleno conocimiento las autoridades. Hace diez años, una comisión del Instituto Nacional de Salud comprobó que tales venenos estaban en la sangre y el cabello de algunas personas del pueblo. Las minas quedan a unas 15 horas de camino en mula y ni siquiera en lo económico la gente de Arenal se beneficia de ellas: el oro no se denuncia a favor de este municipio sino de la vecina localidad de Santa Rosa del Sur. Frente a la contaminación del agua y las regalías que no recibe el municipio, no se ha hecho nada.

La condición de relativo aislamiento permitió que en Arenal se mantengan hoy creencias mágicas como esas del diablo, que se practique un sincretismo religioso en el cual elementos católicos conviven con prácticas de hechicería tradicional y que pervivan entre algunos costumbres como no hacerle exequias a los muertos sino, antes del entierro, llevar al finado en procesión hasta la iglesia, darle una vuelta a la cruz de cemento que está frente a ella y arrancar ahí sí para el cementerio.

El cura del pueblo, Javier Guerrero Méndez, comenta que una vez visitó San Basilio de Palenque, cerca de Cartagena de Indias, y que estando allí comprendió muchas de las cosas de Arenal: "Allá hacen lo mismo: se ubican frente al templo y nunca entran con el difunto a la capilla. Eso es propio de la cultura palenque". San Basilio fue fundado por cimarrones liderados por Domingo Benkos Biohó, esclavo capturado por los portugueses y traído a América, quien para las comunidades negras de Colombia es el referente cuando hablan de la rebeldía de su raza.

Resulta peculiar que en Arenal se considere muy importante a una blanca que ni siquiera vivió allí, a la descubridora del asentamiento, Catalina de Ochoa. Ella fue una negociante de Mompox que llegó hasta el palenque y les propuso un trato a los negros de allí: que explotaran la piedra caliza de la ciénaga de Pajaral para utilizarla en construcciones. Los historiadores afirman que el período fuerte de minería y poblamiento colonial en la región fue de 1540 a 1850.

Pero no son sólo las creencias mágicas las que perduran en Arenal y esta zona del río; también se han mantenido en la música rasgos de la cultura africana, como el toque de tambor y los bailes cantaos.

Doña Águeda Pacheco es la cantadora líder del grupo de Tamboras y Cantadoras de Arenal. Posee una voz extraordinaria para ese tipo de cantos. Pasa las mañanas sentada frente a su almacencito de variedades, a la sombra de un arbusto. Aunque Arenal es pequeño (tiene en total unos 10 mil habitantes) se puede decir que ella vive en el centro del pueblo: en una calle angosta, en tierra como todas las de la localidad, a media cuadra de la Alcaldía y a media de la vía principal.

Allí se concentran los demás integrantes del grupo de cantadoras y tamboras. Impacta la figura de Miguel Grimaldo Urquiza, un anciano alto, seco de cuerpo y carácter, que conversa poco. De pronto no necesita las palabras: cuando toca el tambor, parece que el instrumento hablara por él. Como si se tratara de una estrella de rock, la gente lo aplaude y le grita de alegría.

Migue, como lo llaman todos, es de los pocos viejos que conservan los secretos de aquella música. "Yo me la he pasado tirando machete, hacha y tocando tambor. Aprendí a tocar de edad de 14 años. A la mamá mía le gustaba tejer esteras y ella era cantadora. Ella cantaba y yo iba tocando en una cajita de madera donde venía jabón. Había un señor Félix Camargo; con el tambor de él, tocaba. Yo me cogí los golpes de él: dándole al golpe, dándole al golpe, dándole al golpe...". En la Pascua siguiente, durante la fiesta más importante del Arenal de antes, su mamá propuso a las gentes del pueblo que le dejaran el tambor a su hijo Miguel para ver cómo lo hacía sonar:

—¡No *jodaaa*, pero si salió tamarindo... Este muchacho toca!— dijeron los viejos que sabían del cuento, recuerda *Migue*.

Él es la herencia musical vuelta carne y hueso. Cuando este grupo se creó, en 1990, fue una de las primeras personas que buscaron para que lo integrara y para que enseñara cuál era la tradición. Pero no todo lo reveló. Su conjuro personal para que el instrumento toque bien no se lo cuenta a nadie. Tampoco conjura un tambor que no sea suyo, ni siquiera el que toca en el grupo.

Migue dice que cuando él *estaba nuevo*, cuando era joven, tuvo un tambor que al estar recostado en las esquinas del rancho de pronto traqueaba como si estuviera contento... Y su mujer salía en carrera a ver qué pasaba... Era que el instrumento estaba rezado. *Migue* lo había rezado, igual que hace hoy con los niños, para protegerlos de quienes tienen fuerza de vista, es decir, quienes transmiten el mal de ojo.

Los bailes brincaos son una expresión américana herencia del África negra

Un tambor así se entusiasma y a veces toca solo —explica con una sonrisa que se convierte en carcajada y que le hace encoger su alargado rostro—.

Durante siglos, las únicas diversiones en Arenal fueron los bailes cantaos y los bailes brincaos; estos últimos también se llaman *cuandos* y son juegos callejeros. No hace mucho, ambos se empezaron a perder. El grupo de tamboras de Arenal nació por iniciativa de unas 20 personas para recuperar dichas tradiciones.

"En los años anteriores la tambora era muy importante —señala Rafael Tafur Flórez, cantador y compositor—. Apenas empezaba noviembre, cuando se venía lo que llamaban Pascuas, comenzaba el movimiento. En ese tiempo no habían *picós* (equipos de sonido), entonces todas las fiestas las animaba la tambora. Cuando fueron llegando los picós con discos de 78 revoluciones, las vitrolas, la gente dejó de escuchar la tambora para oír música grabada. También algunas personas se fueron muriendo o dejaron de dedicarse a eso y la tradición se fue perdiendo. Ahí fue cuando la tambora empezó a decaer".

Los abuelos de sus abuelos no hablaban de tamboras sino de guachernas y, las más importantes, las que congregaban a todo el mundo, eran las Pascuas. Casimira Olave, otra cantadora, también representante del alma de la tradición, recuerda que su abuela la llevaba a esas parrandas: "Un tío, Sinforoso Olave, era cantador; el tío Juancho era tamborero; y mi abuela, de las cantadoras. El 25 de noviembre era el primer baile cantao. Todos se iban *pa´* la calle y lo dejaban a uno. Amanecían bailando tambora y no le daban ni desayuno a uno. Yo me iba detrás de ellos y así fue que aprendí a bailar". Los más viejos de Arenal dicen que en la noche nadie se podía escapar a dormir porque los amigos iban hasta la casa a sacarlo. "Se iban todos formando lo que llamaban tuna y armaban algarabía en la puerta", cuenta David Pacheco, quien toca el bombo, que es como denominan allá a la tambora tradicional.

En todas esas se formaban *piquerías*, que eran desafíos a punta de coplas y tamboras, entre las tunas de los barrios de Arriba y de Abajo.

Había hombres como los papás de las hermanas Adelaida y María del Rosario Pacheco Flórez y

Canto a mi región*
Letra de Rafael Tafur - Tambora

Amigos quiero cantarles, préstenle mucha atención
lo malo que está pasando en nuestra querida región.

Aquí comienza mi canto, le digo de corazón
nos tratan de subversivos, por vivir en la región.

Nos azota la violencia, a dónde vamos a llegar
somos personas de bien, queremos vivir en paz.

Ya no se cultiva fruta, plátano, yuca y maíz
sólo coca y marihuana, que dan para sobrevivir.

No quieren sembrar el ñame, batata, arroz y frijol
porque para el campesino, tienen muy poco valor.

El río de la Magdalena se encuentra contaminado
por basuras y residuos que caen de alcantarillados.

Se acabaron las especies, desapareció el pescado
ya no se encuentran caimanes, tampoco bagre pintado.

En la selva no se encuentra tigre, danta y camaleón
venados y guatinaja, que abundaba en la región.

Ya no hay madera fina, abarco, tolú y cedrón
sólo ramita de espina, guarumo, jobo y piñón.

Todo el Magdalena Medio se encuentra en abandono
por culpa del gobierno, que le ha negado todo.

Esto lo estamos viviendo en todo el sur de Bolívar
lo poco que nos han dado es por marchas campesinas.

Le pedimos al gobierno, nos preste más atención
con un programa bien bueno que nos dé la solución.

** Primer puesto en un Festival Nacional de la Tambora, en Tamalameque, categoría canto inédito.*

de su prima Rufina Pacheco Pimienta, todas coristas y bailadoras del grupo, que el 25 de diciembre salían y no volvían a la casa hasta el 6 de enero. Sólo los veían en la calle emparrandados o cuando iban un momento a cambiarse de ropa.

La manera de probar cuál barrio era más creativo era a través de pequeñas comparsas. Al contar todo esto, los miembros del grupo se exaltan y aclaran que tales desafíos eran sólo en las coplas, que no pasaba nada con el que perdiera, por más borrachos que estuvieran, porque la violencia rara vez ha sido cosa de negros.

Antes, cuando se iban a bailar, los adultos se ponían sus mejores trajes. Los hombres usaban vestidos blancos como símbolo de pulcritud, y los almidonaban tanto que parecían acartonados. Las camisas eran de manga larga, abotonadas en los puños, y las de más prestigio en esa zona eran las de marca Primavera. Las mujeres se ponían un vestido floreado, alegre, con una falda ancha que pudieran abrir como un abanico gigante cuando se metieran en medio de la rueda a danzar y todo mundo las estuviera viendo cuando hacían el movimiento más coqueto ante la pareja.

Esa distinción la ve uno en Miguel, quien al tocar mantiene un porte recio. Él se sienta con su tambor entre las piernas y por más dibujos que le saque a esa música no se descompone. Pasa el rato, o la hora, o toda la noche, sentado con la espalda recta, apenas moviendo en forma leve su tronco, así sus manos estén bien alegres.

Ahora, ese mismo vestido típico lo utilizan los miembros del grupo en las presentaciones formales. El sombrero que usan los hombres es de *conchae'jobo*, una especie de palma de la región. Jamás se ponen el sombrero *vueltiao* de otros lados de la Costa Caribe. Lo único que no es auténtico de su vestuario actual es la pañoleta que los hombres se ponen en el cuello: la metieron por simple razón estética, para que se vieran más llamativos, pero es originaria del Carnaval de Barranquilla.

La tambora de Arenal suena diferente a la que se escucha a lo largo del Magdalena, dicen los especialistas en esa música. En otros lados le han introducido cambios que la han desdibujado, en un afán creativo o modernizador. La suya suena sólida y al oírla su ritmo lo traslada a uno a imaginar cómo serían esos pueblos negros, ya sin cadenas, en el siglo XVII en la Costa Atlántica colombiana.

En el Festival Nacional de la Tambora, en Tamalameque (Magdalena), la primera vez que fueron a participar, en 1990, les dijeron que tenían

Son las cinco de la tarde

Son las cinco de la tarde y la normalidad ha vuelto al pueblo. ¡Hay luz! Desde el mediodía todo parecía estático y un aire caliente y pesado amenazaba con dejarnos sin voluntad. No se escuchaban voces de niños jugando, ni la telenovela mexicana de las 3 de la tarde. Las puertas de las casas se cerraron y durante tres horas nada ni nadie se movió. Hasta el polvo parecía agarrado a la tierra.

Las astas de los ventiladores habían cesado su danza de derviches tropicales.

Desde el patio de la casa cural observaba todo esto escurrida en una hamaca mientras esperaba la señal divina, la del ventilador, para ponerme en marcha.

Son las cinco de la tarde y vuelvo a casa de Águeda Pacheco, una cantadora que enfrenta su vida día a día con dignidad y paciencia abriendo su tienda de calle empolvada y llena de chécheres. Esos artículos que desde 1971 va trayendo en cada uno de sus viajes a Barranquilla. Fue en ese año cuando decidió probar suerte con mercancía para hacerle el quite a lo que parecía ser su única esperanza de vida: le dijo no al oficio de muchacha de servicio. Con una maleta, tres cajas y mucho miedo, tomó su primer tren para surtir los estantes de esa tienda desde la cual hoy escribo.

32 años después de esa primera aventura, la tienda sigue en el mismo lugar y, aunque los estantes hablan de tiempos mejores, Águeda abre todas las mañanas con la puntualidad y pulcritud de siempre.

Hay que mirar por encima del polvo para encontrarse con algunas sorpresas estancadas en sus vitrinas: unas aseguranzas contra el mal de ojo que le compró a un indígena ecuatoriano, unas peinillas con pluma colgante dignas de una tienda *kitch* de Nueva York, unas pulseras que mis amigas pagarían carísimas a un artista plástico buscándose la vida. Y en el estante de atrás, como protegiendo su contenido de miradas curiosas: *El espíritu del Carmen* para los nervios; *sulfato de cobre* para las heridas que no quieren cicatrizar; *salicilato de metilo* para preparar pomadas contra dolores de reumatismo; *aceite castor* para el asma de los niños; para la embarazadas, *aceites castor, de almendras y de cocinar* que ayudan a la rotación del bebe en la barriga y a que nazca limpio, *incienso, mirra y romero* para sahumerios que buscan la buena suerte.

Al lado de estas rarezas y con menos polvo delatando así su uso más frecuente, tinturas, hilos, casetes, pomadas de chuchuguasa y de uña de gato, bolsitas de alcanfor, naftalina y bicarbonato, tintura de yodo para cortadas y para adelgazar, glicerina neutra que ayuda al crecimiento del cabello, ácido acético para preparar vinagre de Castilla contra las lombrices de los niños...

Este sinfín de productos permanece a la sombra mientras doña Águeda, en una especie de mercadeo intuitivo, comprende que a los clientes potenciales hay que pescarlos de diferentes formas y saca todas las mañanas una mesa con sus chécheres alternativos y la instala debajo de la veranera en medio de la calle empolvada.

Son las cinco de la tarde y esta mujer incansable recoge sus *checheritos*, diminutivo que ella misma usa para referirse a ellos y que pareciera reflejar su cariño hacia esos objetos que la acompañan y hacen que las tardes sean más cortas.

Lentamente va recogiendo el platón con envueltos de borraja a 300 pesos, una olla exprés que espera pacientemente cambiar el polvo por el agua, un radio que por ahora permanece en silencio, una licuadora de una prestigiosa marca que aguanta polvo y que recobra vida a punta de numeritos de rifa. El lunes entrante, gracias a la lotería de Cundinamarca, irá a parar a la casa de alguna de las clientas de Águeda y cederá su lugar probablemente a la olla exprés, que para entonces estará en el sueño de esas mujeres que por no poder comprarla intentarán ganarla.

Son las cinco de la tarde y esta mujer de sonrisa profunda sigue dándome lecciones de vida.

Diana Restrepo

que cambiar su toque y forma de bailar. La sentencia los dejó fríos: “Si no cambian y tocan como los demás, jamás van a ganar”. Ellos respondieron que no les importaba no ganar porque esa era su tradición y que no iban a modificarla simplemente porque otros consideraban que estaba equivocada.

Al año siguiente los volvieron a invitar y quedaron primeros entre 26 agrupaciones. Y en otra ocasión se llevaron los primeros lugares en las categorías mejor tambora, canto inédito, pareja mayores e infantil, riqueza folclórica y mejor voz.

Sus berroches, guachernas y tamboras tienen cada uno un ritmo diferente. “Otros grupos los tocan, pero el toque del tambor en todos ellos suena igual –afirma Elías Guzmán, coordinador de cultura del municipio e integrante de la agrupación–. Es más, hasta en la guacherna las palmas nuestras son diferentes: van más lentas”.

Sus instrumentos son también los mismos de los antepasados: el bombo o tambora; el tambor macho o *currulao* (en otras partes lo llaman alegre) y las maracas. El guache, un cilindro metálico lleno de pepitas, sólo lo usan en forma ocasional para ponerle más sabor a una canción, pero aclaran que no es típico de su música.

Los viejos tamboreros como Miguel o como José Elías Pacheco piensan que los mejores tambores son los que tienen madera de volador, porque es liviana, o de higoamarillo, un árbol que produce una fruta parecida a una guama y que posee, por supuesto, flor y hoja amarilla. La madera de este último es fina y durable, por lo que se emplea también para hacer canoas.

De este pueblo sorprende que en cada casa o negocio haya un televisor prendido casi a toda hora. Tal vez los seduce porque tampoco hay más distracción. Si se descuentan las fiestas y ferias tradicionales, en agosto y noviembre, la actividad cultural y recreativa es nula. Los *atrapan* del mismo modo las cantinas, que por estos días *vomitan* música norteña, esa con ínfulas de mexicana y que habla de *traquetos* (narcotraficantes), *paracos* y *guerrillos*, y que se burla de la ley y la autoridad.

Aunque los miembros del grupo de tamboras aman su ancestro musical, ni siquiera pueden dedicarle el tiempo suficiente dado que lo primero es la subsistencia, las labores cotidianas o el trabajo bajo un sol que a mediodía hiere la piel.

Tampoco hay grandes beneficios por ir a festivales folclóricos. Los invitan de muchos lados pero, si les va bien, les ofrecen sólo comida y alojamiento y los tratan como gente de tercera. De milagro se mantienen grupos como este. De milagro guardan sus tradiciones. Una de las preocupaciones suyas tiene que ver precisamente con su futuro. Elías Guzmán manifiesta que por ahora no hay quien reemplace a Águeda y Casimira como cantadoras: “La juventud no comparte con nosotros estas afinidades: les gusta la música loca que hay... El día que estas señoras digan hasta aquí llego yo, se podría acabar la tambora”.

Sería una tristeza porque el grupo es un referente de respeto por lo que ellos y sus ancestros han sido como pueblo. Las tradiciones tampoco se acaban así como así, pero es cierto, se van degenerando y ello puede traer un cambio en la identidad colectiva.

“A un encuentro de danzas vino un grupo de San Basilio de Palenque. Cuando oyeron nuestro toque, dijeron que ese toque era de allá. Y ellos son descendientes puros de africanos; es más, todavía hablan el bantú, la lengua nativa de sus abuelos de África. Igual que su música, la que nosotros hacemos viene de las propias raíces de nuestra raza, de siglos antes, que la trajeron los esclavos”. Eso que explica Rafael Tafur es una verdad mayor. Para un tecnócrata de ciudad o para un politiquero de pueblo, igual da, puede que un toque de tambor no signifique nada. Para quienes son conscientes de lo que representa, como algunos miembros de esta comunidad de Arenal, es todo un tesoro.

Ojalá existieran aseguranzas para preservar la identidad cultural. Les regalaríamos una.

Oración para alejar a las brujas

Yo te adoro Cruz preciosa que estás en campo sereno
reluciente más que la plata, que Jesús el Nazareno.
Yo te adoro Cruz preciosa que de alto y venturoso
donde está este Rey Glorioso que venció todo lo malo.
Por su gran gracia y poder Santa Cruz merced te pido:
hágame vencedor y líbrame de ser vencido.
Con tus clavos y corona, sota, martillo y lanza,
con un sol oscurecido, no mostremos esta mudanza,
para darle luz al mundo, ahora y en la hora
las tres divinas personas y la Santísima Trinidad.
Como manso cordero corriste la Cruz, camino vaya:
montes, lugares, ciudades, por donde quiera que andaréis,
bien acompañado sea.
San Hildefonso bendito, confesor de Jesucristo
que bendijiste la hostia, el cáliz, el altar,
bendecidme mi cuerpo donde quiera que ande,
donde me vaya a acostar.
Amén

“Si donde uno está hay brujas, uno reza esa oración a la Santísima Cruz y ni por ahí cerquita pasan. La mujer que quiere ser bruja lo primero que hace es buscar a una que ya lo es. Entonces salen del pueblo, se reúnen y ahí es donde se presenta el diablo. La que es bruja vieja sabe cómo llamarlo. Él las pone a que les bese el culo y les quema la cara con candela. Les dice: ‘Busquen una escoba nueva y digan: Sin Dios y sin Santa María...’. La escoba queda ahí y a ellas les salen alas y arrancan volando.

El hombre no tiene poder para volar porque no le salen alas. Lo que sí puede ser es zángano, es decir, el hombre que ellas se reparten.

Yo le digo esto porque he visto muchas cosas en los 81 años que tengo. Una vez, estando de 18 años, me fui a cazar puerco de monte con mi amigo Custodio. Al ver que no aparecían empezamos a llamar marimondas, que es una especie de mico. Primero pasaron unos monos cotudos y después una marimonda sola: ¡le hicimos 18 tiros con las escopetas pero no cayó. Yo no había conocido el diablo, pero ese día lo conocí!

A yo me da miedo contar el cuento: tenía las patas rajadas, el cuerpo negro, los dos cachos, los ojos eran dos tizones de candela... Se oscureció el sol. Y después se presentó una tempestad, un huracán que tronchaba palos, derribaba ramas de caracolí, hojas de palma de vino... Siquiera logramos llegar al pueblo corriendo y no nos pasó nada.

Es que el diablo tiene poder como Dios porque se aparece y estando el sol caliente vuelve la tarde oscura, y hace ese huracán tan grande”.

Relato de Medardo Herrera Troncoso, cantador de Arenal

Lastenia y su camioneta surrealista

El carro llega haciendo sonar completas sus latas y al frenar, la conductora se voltea a mirarnos y sonríe. La mujer quita el hierro en forma de herradura que asegura la puerta y baja del auto, su particular taxi.

—¡Bueno, súbanse rápido que de pronto el Ejército no nos deja entrar al pueblo!

El vehículo tiene las latas corroídas y está sin pintura, el techo de la cabina aplastado, la tapa del motor amarrada con alambre y pita verde, sin parachoques, sin guardabarros, con el tubo del combustible desnudo metiéndose bajo el carro, calzado en la boca con una media de pie color azul que cumple la función de tapa. Su conductora: Lastenia Montesinos Jiménez es una mujer de mediana edad y apenas 1.50 de estatura.

Hace cinco años un vecino le vendió barato el carro y ella entró al negocio del transporte: llevaba y traía pan, huevos, panela, cerveza, cilindros de gas... Pero no le fue bien con los conductores que contrató por lo que, cansada de tanto problema, le dijo a su hijo que le enseñara a manejar. "Cuando lo cogí la primera vez no fui capaz porque me dio nervios. Yo pensaba: '¡Donde me mate!'. Él me decía: 'Mamá, los cambios se hacen según la ubicación de la palanca: primera adelante, segunda pegada a la pierna, tercera parada, cuarta *pa'abajo*'".

La primera vez que entró al pueblo paró contra un corral. Al día siguiente tumbó tres hilos de alambre y partió unos estacones de cerca llegando a Buenavista. Por eso, cuando la sentían venir, la gente salía despavorida. No sabe nada de mecánica: cuando el carro se vara, baja la bicicleta que mantiene en la parte trasera y se va pedaleando a pedir ayuda.

Una vez, en el puente de Carnizala, la pararon tres guerrilleros que empezaron a pintar con aerosol el nombre de su organización en varias partes del carro.

—Ah, señora, ¿cómo le quedó?— le dijo uno con cinismo. Ella respondió: "Quedó lujo". La razón fue lógica: "¡Qué más iba a decirles yo, no podía decirles que estaba feo".

Lastenia nació en San Bernardo (Cesar) y a los 12 años conoció a Arnulfo Cuesta, con quien se casó luego y con quien vive desde hace 40 años. Tuvo siete hijos y su mayor dolor fue cuando una de sus hijas, que tiene retardo mental, quedó embarazada a los 17 años: "Un poco de soldados me la agarraron y me le hicieron un niño. Ella como que los buscaba y ellos abusaron. El niño ya tiene dos años pero mi hija no es capaz de hacerle alimento ni de lavarle los pañales. Yo soy la que le lavo la cobija, la almohada, la que le hago todo".

A Lastenia muchas personas la quieren y ya no le corren cuando la ven venir en su camioneta. La conocimos el último domingo de mayo de 2003 y llegar en su carro a Arenal fue el mejor preámbulo para todas las cosas hermosas que conocimos de este pueblo.

En su rebusque, Lastenia se hizo taxista

las décimas y los amores, siempre los he tenido

Este es el progreso de un pueblo
Autor: Tito Nelly Martínez R.
Fragmentos

Voy a publicar mi letra
con todo mi corazón
y a hablar de esta región
con mis palabras completas.
En este pueblo hay una lepra
que con todo está acabando
no se sabe hasta cuándo
podrán vivir así
sólo nos espera el sufrir
con ese maldito mando.

En la administración pasada
iban a hacer el alcantarillado
todavía no lo han terminado
y no hay nadie que diga nada
quedó la plata enterrada
porque no se terminó
y ahora les pregunto yo
qué hicieron con el dinero
a mi me dijo un ingeniero
que la plata se acabó.

Este es el gran desarrollo
de este pueblo tan querido.
Me duele por mis amigos
que están metidos en un embrollo
van a quedar en el hoyo
si viene la Fiscalía.
No crean que son cosas mías
lo que en mis versos explico
están cometiendo un delito
y les va a caer la gota fría.

Tito Nelly Martínez Rivera, residente de Morales, ha hecho de todo en la vida: ha sido pescador, matarife, celador, agricultor, carcelero, aserrador, cazador de tortugas, guarda de rentas, maestro de escuela, albañil por necesidad, funcionario de juzgado... Es capaz de levantar un muro, montar una cerca o construir un techo de palma. Y si se le encarga una red de pesca o un chinchorro (hamaca), los hace con mejor gusto que un diseñador graduado en artesanías. También ha sido y sigue siendo un enamorado empedernido, padre de 23 hijos con 12 mujeres, abuelo de 28 nietos y dos bisnietos. Sin embargo, nos interesa hablar con él porque es decimero y encarna la antiquísima tradición de la Costa Atlántica colombiana de relatar lo que pasa por medio de décimas o versos que se cantan. En otras palabras, es un viejo juglar. Y en el Magdalena Medio quedan pocos como él.

Poder charlar con un decimero es un privilegio para los amantes de las historias ya que, por lo general, los juglares como él, de tanto andar, están llenos de vidas intensas, llenas de aventuras, amores y truculencias. Además, poseen una manera especial de percibir el mundo y la transmiten de una forma tal que uno queda envuelto en sus palabras, siempre con ganas de oír más, porque hacen que hasta las anécdotas más inverosímiles parezcan una verdad que acaba de ocurrir. Tito tiene ese poder con la palabra.

La costumbre les llevaba de pueblo en pueblo cantando o recitando versos que hablaban de la vida cotidiana de la región, de las mujeres, la naturaleza, los mitos y leyendas en que creía la gente... Y a veces, los versos de los decimeros se convertían en las únicas noticias que llegaban acerca de lo que pasaba en otros lugares. Esta es una tradición netamente oral, una forma de comunicación incluso necesaria, dado que en aquellas épocas primeras del poblamiento blanco, negro, mestizo y zambo muy pocos sabían leer. Ninguna de esas décimas se escribía, pero las que más gustaban quedaban grabadas en la mente de la gente, que las repetía de generación en generación hasta volverse la historia oficial. Al final, muchas de ellas se incorporaban al patrimonio cultural local, lo que los antropólogos llaman tradición oral y los autores se convertían en seres anónimos al olvidarse su nombre y pasar el relato de una persona a otra.

Morales queda en una isla enorme del río Magdalena, que también se llama Morales. A la entrada del pueblo, en la orilla izquierda, está semihundida y comida por el óxido una lancha de carga que donó hace más de 15 años el Plan Nacional de Rehabilitación, un programa del Gobierno Nacional para hacer inversión social en las regiones más afectadas por la violencia. El Plan se acabó años más tarde y la motonave dejó de prestar el servicio por falta de presupuesto en la administración municipal; mientras, la violencia continuó.

Los decimeros como Tito Martínez son juglares en peligro de extinción

“La Virgen del Carmen es mi abogada”

“Mi mamá era también partera y ella me fue practicando cuando yo la acompañaba a asistir señoras. Después fui aprendiendo con la experiencia. Yo sobo a las mujeres cuando está el niño atravesado, cuando está sentado. Uno pone las manos sobre la barriga de la mamá y le va haciendo masajes poco a poco, poco a poco, hasta que uno lo coloca en el punto. No sé por qué será que se desacomodan y cogen a andar, pero en esos casos el parto no tiene que ser con cuchilla como se acostumbra ahora.

Hay otros a los que se les enreda la tripa en el cuello (el cordón umbilical). Cuando sacan la cabeza, lo primero que hay que hacer es ver que el cordón no esté enredado. También he atendido mucho niño que se viene de pie.

Otra cosa: yo conozco una mujer que esté embarazada de por hay un mes. Le veo la cara y fijo le digo si está preñada. Esa es una capacidad que yo tengo y que no me falla.

Ahora un parto yo lo cobro a 50 mil pesos (16 dólares) y a las primerizas, 60 mil. A las mujeres del campo que vienen y se quedan en mi casa les cobro más porque la atención va con comida y dormida.

Limpio a la mujer con agua tibia pero al niño no acostumbro bañarlo de una vez, apenas lo limpio con un paño y al otro día le caliento agua con alcohol y ahí lo baño bien pero sin nada de jabón. Después de atender a la mujer yo me baño con agua caliente y no me salgo para la brisa porque eso es malo.

En manos mías todavía no se ha muerto el primer niño, gracias al Señor. Le rezo a él y a la Virgen del Carmen que es la abogada mía. Yo tengo mucha fe, aplico las oraciones cuando estoy sobando a la preñada y eso es rapidito que se mejora”.

Testimonio de Elida Villabona, partera de Morales

Aparece la cúpula blanca de la iglesia, y frente a ella la estación de Policía, un bunker verde de tres pisos cubierto en su totalidad por una malla de alambre que lo hace ver como una jaula inmensa; en el costado que da al río hay unos árboles y, bajo ellos, un par de trincheras a las que se acercan niños con pájaros enjaulados que van a conversar con los policías y a ofrecerles en venta las aves.

La realidad muestra que a estos pueblos el progreso jamás llega y posiblemente no llegará. Morales fue fundado en 1610 y aún no tiene embarcadero; los botes se amarran a estacas clavadas en la tierra y la gente espera sentada bajo un árbol o en el quiosco donde queda una cantina. Hoy es un pueblo perdido de Colombia, pero hace más de cien años fue importante: era la cabecera municipal de una jurisdicción tan grande que ella sola bien pudo ser un departamento. Creció estirado, siguiendo el curso del río y aún hoy se puede considerar pequeño: apenas tiene unos 7.500 habitantes en el área urbana.

Este año no ha sido bueno para Tito, un viejo de 73 años, un poco encorvado, quien siempre sale a la calle con su sombrero color crema y las gruesas gafas de lentes oscuros. En mayo se le venció la ayuda mensual de un salario mínimo que le otorgó el gobierno del Departamento de Bolívar como reconocimiento al Mérito Creador de la Cultura; su esposa lleva un par de meses con culebrilla, una enfermedad de la piel que no le ha curado con medicinas ni con rezos de curanderos... El hombre la pasa agobiado pues desde hace 20 años no ha tenido trabajo estable y tiene muchas bocas que alimentar. Apenas uno de sus hijos le colabora con algo de dinero para sostener a las nueve personas que viven en su casa.

La situación económica ha estado dura. Su familia sólo tiene para los bocados de los cuatro niños en tanto que a los cinco mayores les toca templar la barriga con una o dos comidas al día. La cosa estuvo tan grave que en la pasada Semana Santa tuvieron que comerse tres de las nueve tortugas que mantenían en el patio porque no había más carne para llevar a la mesa.

En Morales, a mediodía, lo mejor es estar a la sombra, al pie de un ventilador, porque el sol pica y el calor aplasta. Tito se quita la camisa y se sienta en la cocina de su casa en una silla de madera. “A veces me da tristeza mi situación. En otros tiempos la pasaba bien y a estas alturas de mi vida yo tener que pagar consecuencias por causa del destino. Al que va a ser rico le cae la plata de arriba; al que va a ser pobre, pobre queda toda la vida”, voltea a decir antes de tomar un sorbo de agua.

Debido a situaciones difíciles como la que ahora atraviesa, y para tratar de buscar una mejor vida, estando joven recorrió numerosos pueblos del río Magdalena. En ellos se volvió juglar, perfeccionó su destreza innata para hacer décimas, se ganó enemigos que estuvieron a punto de dejarlo mudo y dejó ese reguero impresionante de novias e hijos.

“En 1948, cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán, un 9 de abril, esto se puso aquí maluco. Fue la primera vez que se metieron tipos armados a este pueblo. Les decían *chulavitas.* A mí me tocó viajar con mi mamá, el padrastro mío, un hermano, una hermana y un primo”, recuerda Tito Nelly mientras se mece en una hamaca guindada entre los palos de un quiosco que él mismo levantó en la parte trasera de su casa.

Tenía 18 años y su mundo era las tres calles que por entonces conformaban Morales. En aquella época no había luz y los habitantes de los 300 ó 400 ranchos del pueblo ponían antorchas en las puertas para tener alumbrado público.

Salió del pueblo en noviembre, a los siete meses del asesinato del caudillo. Ya era padre de un niño y tenía además tres novias, dos de ellas residentes en la misma calle. Al rememorar aquel momento, suelta una carcajada y asegura que en ese tiempo se lo peleaban las mujeres. Como era obvio, las tres sabían en las que andaba su enamorado:

- Una se llamaba Agripina Pérez. Me dijo que escogiera: ‘Te quedas con ellas o te quedas conmigo... Escoge: ellas o yo’.

Finalmente escogió a Carmen Payares, a quien quería más. La otra que le gustaba era Palmira Morales, quien todavía vive en el pueblo.

La hora de irse llegó y salió con su familia en canoa, el 24 de noviembre. Llegaron a Mompox, después de dos jornadas de remo bajo un sol inclemente.

Sus conquistas amorosas no tenían nada que ver con las décimas. Éstas le ayudaron después, en los pueblos a los que llegó a rebuscarse la vida. La capacidad para componerlas la había descubierto seis años antes. “No tuve estudios de ninguna especie porque cuando mi papá me sacó la matrícula, él murió. Pero al yo tener como 12 años había un profesor muy bueno en Morales, Luis Navarro. Un día me paré en la puerta del salón y me dijo:

- ¿Usted quiere entrar, Martínez? Entre...

El arte de Tito ya no está de moda, ya no se puede vivir de pueblo en pueblo haciendo décimas

En una de las clases, las décimas aparecieron en su vida. El maestro le aseguró al muchacho que no aprendía gramática porque "no le prestaba amor". Y ensayó a ponerle como tarea que compusiera unos versos. Tito los hizo, se los mostró y al profesor le gustó como quedaron.

–Fue la primera décima que hice. Le puse *Método gramatical.* No estaba bien porque no sabía bien cómo se hacían. En 1948 me la corrigió el poeta Juan Rosado Bahoque, en el pueblo de Chibolo (Magdalena):

¿Qué es gramática?, pregunto.
¿Qué quiere decir idioma?
¿De dónde origen se toma
esta expresión con asunto?
Cómo se forma el conjunto,
diga el más inteligente
y el poeta más elocuente
que escuche para cantar,
método gramatical
con verso ante la gente.

"A mi nadie me enseñó a hacer décimas –afirma– eso me nació. En Mompox es donde está el tronco de la décima, allá hay concursos. Yo creo que por ser mi familia de allá venía en la sangre, aunque nunca conocí a un familiar que fuera poeta".

La salida de Morales lo volvió andariego y más mujeriego. En Mompox duró unos meses. Luego se fue a Zambrano. Más tarde arrancó para Chibolo, donde su padrastro le dijo que se ganaba buena plata. Vendió entonces la canoa y compró un burro. Allá se enamoró de María Contreras y tuvo amores con Doris García, quien era hija de una bruja, según dice él. Estando en el caserío La China se volvió novio de Cristina Barros, a quien recuerda por celosa, y pretendió a Luisa Fernández, quien lo puso a llorar de pena toda una semana después de que pelearon.

Trabajaba en lo que resultara sin importar que fuera en el pueblo, el río, las ciénagas, el campo o el monte. Se metía a oficios que no conocía y los aprendía rápido por la necesidad. Bebía gratis en cantinas de mala muerte o en fiestas de doctores y abogados porque sus versos gustaban bastante. "Oye, Tito Martínez, métete otro trago...", le gritaban en las parrandas. Recibía el ron y seguía cantando décimas.

"Yo tenía un hijo en cada pueblo. Por donde pasaba iba dejando un retoñito. Yo he sido como una tortuga vijagüera, que va poniendo los huevos a medida que camina y los deja regados"

Por allá las mujeres caían a sus pies cuando les hacía composiciones y a cada una él la trataba como si fuera la primera en su vida, o al menos eso cuenta. A varias de las hembras que conoció les hizo un hijo y a todas las dejó: "Yo tenía uno en cada pueblo: en Zambrano, en Granada, en El Difícil, en El Algarrobo... Por donde quiera que pasaba iba dejando un retoñito. Yo he sido como una tortuga vijagüera, que va poniendo los huevos a medida que camina y los deja regados".

Sobre cómo las conquistaba cuenta que parte del secreto se lo debe a Francisco Pérez, un amigo de Plato (departamento del Magdalena). "Sacaba un frasco de vidrio negro y me echaba cuatro gotas: una en toda la frente, una en el ombligo, una en la tetilla izquierda y una en la derecha. Me decía que insistiera con la hembra por más brava que estuviera. Si la veía lavando ropa, que la abrazara; si estaba cocinando, que llegara por detrás y le diera un beso en el cuello; si me la encontraba en la calle, me le acercara porque al llegar todo iba a cambiar. Y que si la podía perjudicar, pues que la perjudicara, que a las dos o tres horas de haber hecho el acto ni se iba a acordar y entonces me volvía a coger rabia. Claro que yo no las quería así: yo quería tener amores de verdad con ellas".

Nunca supo qué contenía el frasco pero su amigo le dijo que con gusto le preparaba la pócima. Lo único que tenía que hacer era conseguirse un nido del pájaro macuá, un ave de la región, que anida en la copa de unos árboles flacos y muy altos. Pero coger el nido es toda una odisea porque no se puede tumbar el palo. Para trepar por el tronco hay que ponerse unas botas con espuelas y al llegar cortar con cuidado el hilo del que está pegado toda vez que permanece amarrado con una especie de goma. Según Tito, es un nido extraño: la boca está por debajo y es todo de seda, tanto por dentro como por fuera. Para que sea efectivo para enamoramientos, Pacho le rezaba un secreto que Tito nunca conoció. Se aplica como un perfume en un pañuelo o donde se quisiera hacer el embrujo. Lo que hay que hacer es lograr que la mujer aspire ese olor y al instante hace lo que se le diga.

–"Yo con eso hice mucho –cuenta el decimero–: veía a una muchacha sentada y me le acercaba y a lo que se descuidaba dejaba de ser señorita... Yo gocé mucho mucho de mujeres en Plato. Y cuando aprendí a ser poeta, con los versos las derrotaba. Yo fui muy mujeriego. Por eso no he tenido plata: como me la ganaba suave, así se iba".

Quizás por esos amoríos en Plato quisieron dejarlo sin voz. "Resulta que estaba bebiendo en la cantina de una señora. Una noche entró un muchacho con dos más. No dijo ni buenas noches, sólo empezó a hacer versos ofendiéndome. Yo me quedé mirándolo y le mandé tres versos seguidos. Entonces él cogió una botella y me brindó un trago. Cuando me lo iba a tomar, mi amigo Dionisio Rodríguez no me dejó. Prendió un fósforo y lo metió a la copa de ron, que se encendió enseguida y botó una luz oscura. Cuando se apagó, me dijo que ya me lo podía tomar. Yo me lo tragué y empezó a quemarme el pescuezo.

–Ahora tomen ustedes– le propuso Dionisio a los otros.

Respondieron que no. Entonces los enfrentó y les dijo que si no lo hacían se tenían que ir porque ellos llegaron sin invitación y sólo a poner *pereque.* Se armó un problema al sacarlos de allá. Cuando se fueron, cogió el trago y se lo echó a una mata de clemón.

–Dionisio, ¿qué iba a hacer ese hombre conmigo?– le pregunté.

–Él no te iba a matar: te iba era a joder. Lo que te iba a hacer era quitarte la voz, que no se te oyera nada, que por señas tuvieras que hablar.

Y me dio entonces la clave para protegerme:

–Asegúrate porque a ti te ven clarito, cualquiera te puede echar una maldad. Cada vez que vayas a cantar o a salir a la calle, métete tres limones en el bolsillo izquierdo, usa el pantaloncillo al revés y carga un poquito de aceite verde, de ese de comer que es parecido al de oliva. Sólo eso te puede proteger".

Desde ese momento Tito le tiene fe al limón y lo recomienda para pasar desapercibido, para quedar oculto incluso en medio de una multitud.

Plato determinó muchas cosas en la vida de este hombre. Cuando se ganaba 9 pesos semanales tirando machete en el campo, le ofrecieron un pago de 20 pesos por una hora en la radio. De inmediato aceptó. Lo contrataron en la emisora Sully, una estación local, para que los domingos, en *La hora sabrosa*, se transara en piquerías (desafíos) con otro decimero: Eleuterio Herrera.

Allá también conoció a la única mujer a la que no dejó embarcada después de haberla preñado, Dilia Rosa Caro Rodríguez, a quien aceptó incluso con una hija que ella ya tenía. Con ella tuvo once hijos y conformó un hogar estable.

Ólger Martínez, cazador de serpientes

La gritería se armó en plena calle del barrio El Progreso. Mujeres, hombres adultos, jóvenes y niños se arremolinan alrededor, aunque a prudente distancia, de un hombre que en sus manos tiene una gruesa serpiente cascabel de más de un metro de largo.

Se llama Ólger Martínez y manipula al ofidio como si tratara de causar admiración o disfrutara causando terror. Con una mano tiene apretada la cabeza triangular del animal, de tal forma que su boca queda abierta y deja ver el par de colmillos amenazantes. Con la otra controla el cuerpo evitando que se le enrede o lo golpee como un látigo.

Ólger le pide a su esposa Yineth un alicate. Ella le ayuda a sostener la culebra y el hombre, que con la misma mano sigue agarrándole la cabeza, coge la tenaza con la otra y corta frente a todos los colmillos con los que el bicho inyecta el veneno.

"Desde los 15 años vengo cogiendo culebras pero apenas el año pasado empecé a venderlas. Hago negocio con un señor que me las compra y las procesa", dice Ólger.

La cascabel que vio todo el barrio y otras tres que desde hace una semana tiene metidas en una pequeña jaula servirán para varias cosas, explica: "Ese señor las mata, les saca la piel; la sangre la liga con un vino para reconstruir los tejidos musculares del cuerpo cuando uno está enfermo; la manteca se usa para el asma y para el dolor de oído; de la carne hacen unas cápsulas para tratar el cáncer; y con el veneno, que es de color verde, se hace suero antiofídico para neutralizar el mal cuando lo pican a uno".

Su esposa y sus dos hijos ya se acostumbraron a convivir con las culebras en otro cuarto. Dicen dormir tranquilos. La habitación donde las guarda no tiene mayor seguridad y un día por una rendija se salió una de ellas. Cuando llegaron los adultos, el niño mayor, de 4 años, estaba tirándole palos al animal. El primogénito no les tiene miedo. También se llama Ólger y no será de extrañar si más adelante llega al colegio con una boa en el bolsillo, como su papá cuando estaba muchacho.

Pero la buena racha fue pasando y entró en una situación económica apremiante. Entonces resolvió devolverse para Morales. Le preguntó a Dilia que si quería seguirlo o, si no, él se iba solo. Todo lo que tenían cupo en dos costales y se los alzaron junto a la cama en que dormían. Juntó 27 pesos de las ventas e hizo un trayecto igual que diez años atrás, en canoa.

Lo primero que se puso a hacer en Morales fue a *icotear,* es decir, coger tortugas, icoteas o galápagos que por allá vienen siendo lo mismo. El día del arribo se fue a la ciénaga de Los Barbules. Recuerda que el agua estaba clara y que llenó más de dos costales de animales. En total, más de cien por los que le dieron 125 pesos. Ese fue entonces su nuevo oficio e hizo un trato con el yate Guamal, que subía todos los miércoles, y le vendía cien tortugas. A la semana conseguía más de 300 pesos.

Comenzó otra racha de oficios diversos como pescador, administrador de una finca y maestro en la Escuela Betania, municipio de Simití, donde tenía 60 niños. Lo primero que les enseñaba era higiene, después les enseñaba geometría, geografía, historia patria y matemáticas. Él, que escasamente cursó hasta tercero elemental, daba clase incluso a los de quinto grado.

"Me devolví pa´ Morales y me metí a político, haciéndole campaña a éste, al otro. Ahí me dieron el primer cargo público que tuve: celador del matadero. Después fui celador del tanque elevado de Empobol (Empresas Públicas de Bolívar); me nombraron guarda de Rentas Departamentales, encargado de controlar el contrabando de cigarrillos y licores... También fui carcelero en la época de auge de la marihuana por aquí, al comienzo de los años ochenta".

No todo lo que ganó en esa época se lo gastó. Con unos ahorros, en 1964 compró un lote y levantó su casa de a poquitos.

En un arranque de sinceridad, explica que como funcionario cometió pecados contra la administración pública: "Yo viví aquí de esa vaina del contrabando. El tipo que venía con el ron *pirata,* 'venga para acá'. Entre los dos guardas, siempre cogíamos mercancía ilegal. Sellábamos la mitad y la otra mitad la cambiábamos. Al dueño le decíamos: 'Te vamos a estampillar 20 bultos y los otros 20 pues nos los pagas a nosotros'. Igual con las pacas de cigarrillos: decomisábamos unos cartones y luego los vendíamos".

Cuando su partido (el Liberal) perdió las elecciones, Tito se quedó definitivamente sin trabajo fijo. Así lleva dos décadas, viviendo de lo que resulte, como cuando era joven y vivía lejos de Morales.

Y así sigue relatando episodios de su vida, muchos de los cuales ha vuelto décimas que mantiene escritas en un cuaderno a rayas que tiene las hojas amarillas. En todas ellas vuelve con insistencia sobre una idea que repite: su comunidad no lo ve como poseedor de un saber musical autóctono de la región. Sin mucha ilusión, comenta que sólo en los últimos años lo han empezado a llamar de otros lados para reconocerle su arte de hacer décimas. En el pueblo, en 1997, el colegio le otorgó el grado de bachiller honoris causa. "Hasta ahora, con más de 70 años, es que estoy surgiendo. Siempre he tenido una vida precaria en el campo de la cultura porque aquí la cultura no vale nada. Ningún profeta, en su tierra lo es".

Él sigue hablando, narrando historias agradables de escuchar. Imposible saber si todo lo que dice sea cierto o no. No me importa. Es un juglar y lo fascinante de los juglares son sus relatos, sin mirar si son reales o ficticios. Incluso es bonito pensar que, igual que las décimas antiguas, de tanto repetirlos se convertirán en la historia oficial.

Esta es la historia oficial del decimero de Morales.

Los desplazados
Autor: Tito Nelly Martínez R.
Fragmentos

Quiero dar explicación
de todo lo que ha pasado
contar de los desplazados
en nuestra bella región
pues en toda la nación
ha sucedido esto
y yo se lo cuento en versos
lo que nos pasa en la vida.
Colombia se encuentra herida
por causa de tantos muertos.

Si tiene su cosechita
tiene que dejarla perder
y sale con su mujer
buscando nueva conquista
vienen otros y se la quitan
y quedan desesperados
mirando para los lados
pensando solo en su vida
y con el alma entristecida
estos son los desplazados

Y si llegan a la ciudad
y creen sentirse mejor
pero es peor su dolor
pues todo les sale mal
nadie los quiere ayudar
por mucho que hayan luchado
ya se encuentran muy cansados
y no quieren trabajar
sólo quieren vivir en paz
estos son los desplazados.

El arte de la métrica

Las décimas son expresiones poéticas populares compuestas por diez versos construidos de la siguiente forma: el primer verso rima con el cuarto y el quinto; el segundo verso con el tercero; el sexto con el séptimo y el décimo; y el octavo con el noveno.
Son muy populares en los Llanos Orientales de Colombia, la Depresión Momposina y las sabanas de los departamentos de Bolívar, Sucre, Córdoba y Magdalena, todas éstas en la región de la Costa Atlántica.
No todos los decimeros son autores de las composiciones que interpretan, sólo los más creativos las crean y, más aún, las improvisan.

Cazar aves como pescados

"Por épocas es que se cazan en la isla de Morales los pisingos, patos reales, patos cucharos, guacharacas, chavarríes... Sale uno con un compañero por la mañana, aunque a mí me gusta ir solo porque si disparo la escopeta y no le pego, nadie me dice nada...

En los veranos, cuando estaban los playones secos, se cazaba mucho. Pero la cacería se acabó, una parte porque la situación se fue descomponiendo y otra porque se disminuyeron los animales.

También había unos pájaros que les decían barraquetes que tenían en la patica una placa que decía Canadá y un número. Venían en verano, de enero a abril. Para cazarlos, uno tenía que esperar que el pájaro se durmiera tarde en la noche. Entonces uno se quitaba la ropa, desnudo totalmente. Una persona cargaba un mechón (antorcha) y otros, atarrayas. El del mechón arrancaba a correr hacia los pájaros. Ellos se levantaban y volaban hacia la luz, y con la luz se iban llevando a donde los compañeros con atarrayas. Esa cacería de barraquete se ha perdido mucho".

Testimonio de Carlos Daniel Lozano Flórez, campesino de Río Viejo

¡Viejo Rusbel, la parranda es buena

Triste historia
Autor: Rusbel Chimenty
Cumbia

Del pueblo donde yo vivo
guardo una historia muy triste de la pasada violencia
aún los recuerdos persisten.
Ahí por los años 50, también el 53,
le tocó huir a mi vieja, conmigo casi al nacer.

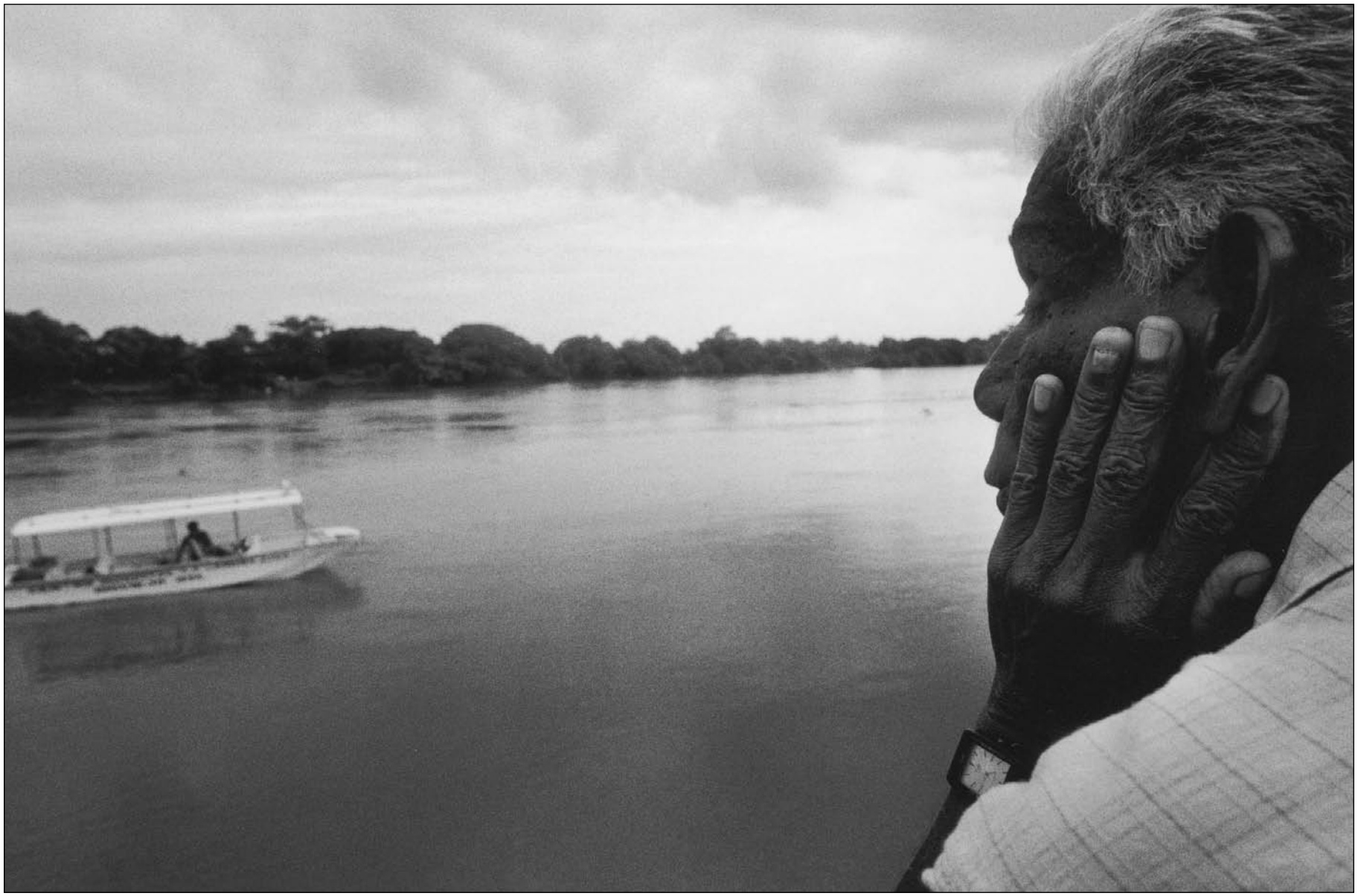
Al monte huyeron mis viejos
con mis hermanitos en sus brazos
porque si los encontraban a ellos, los hacían pedazos.
La gente de la violencia no tenía que ver con nadie,
hombre, mujeres mataban
no más para ver correr sangre.

A los niños los golpeaban sin dejarles sano un hueso
en bayonetas ensartados los bailaban cual muñeco.
En lo alto de una peña, fila de humanos formaban
les disparaban sus balas y al agua se desplomaban.
Después se veían las balsas de seres humanos bajando
y el golero encima de ellos iba su apetito saciando.

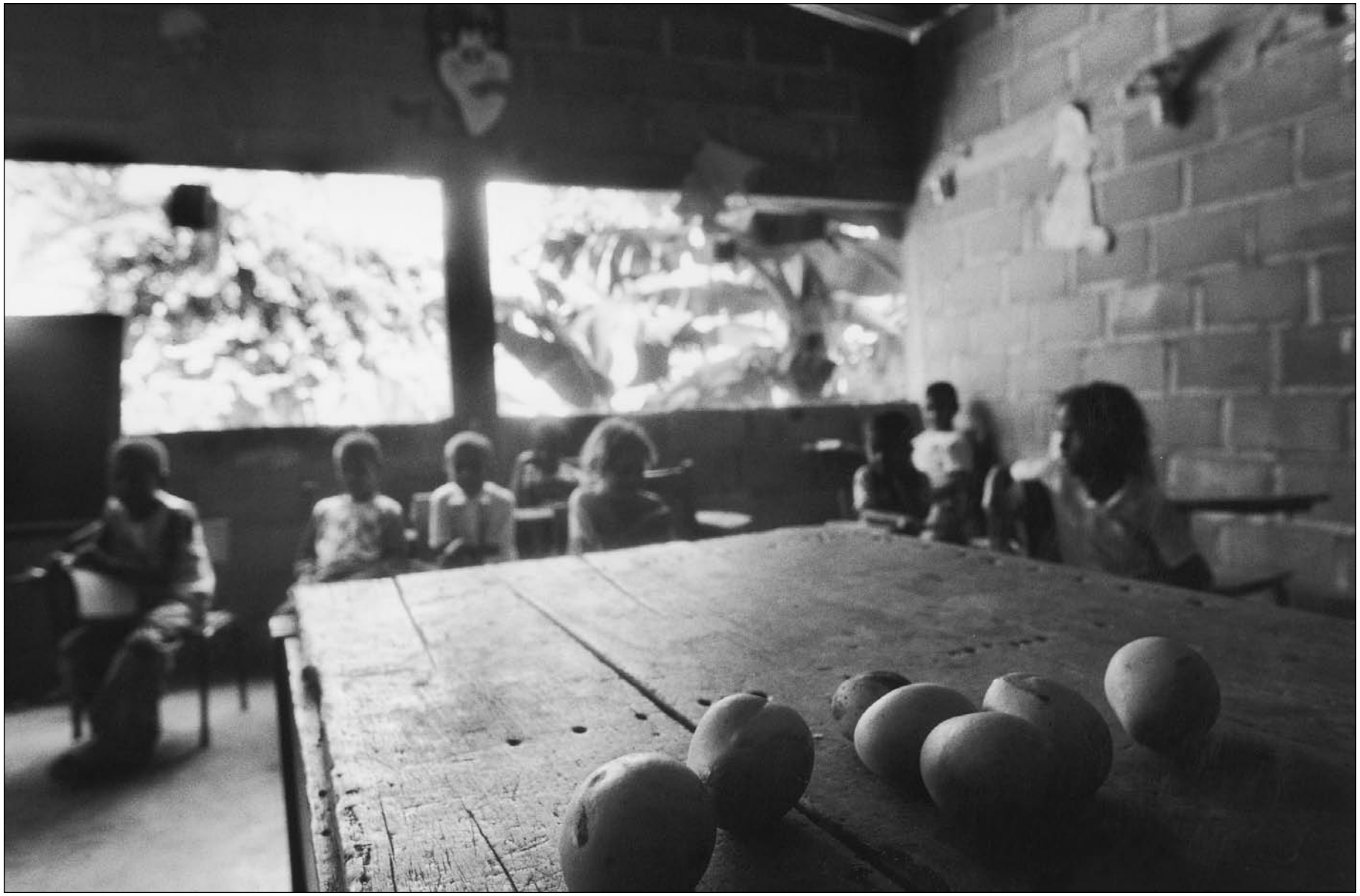
Que no vuelva esa cruel violencia.
Que no vuelva.
Que no vuelva.

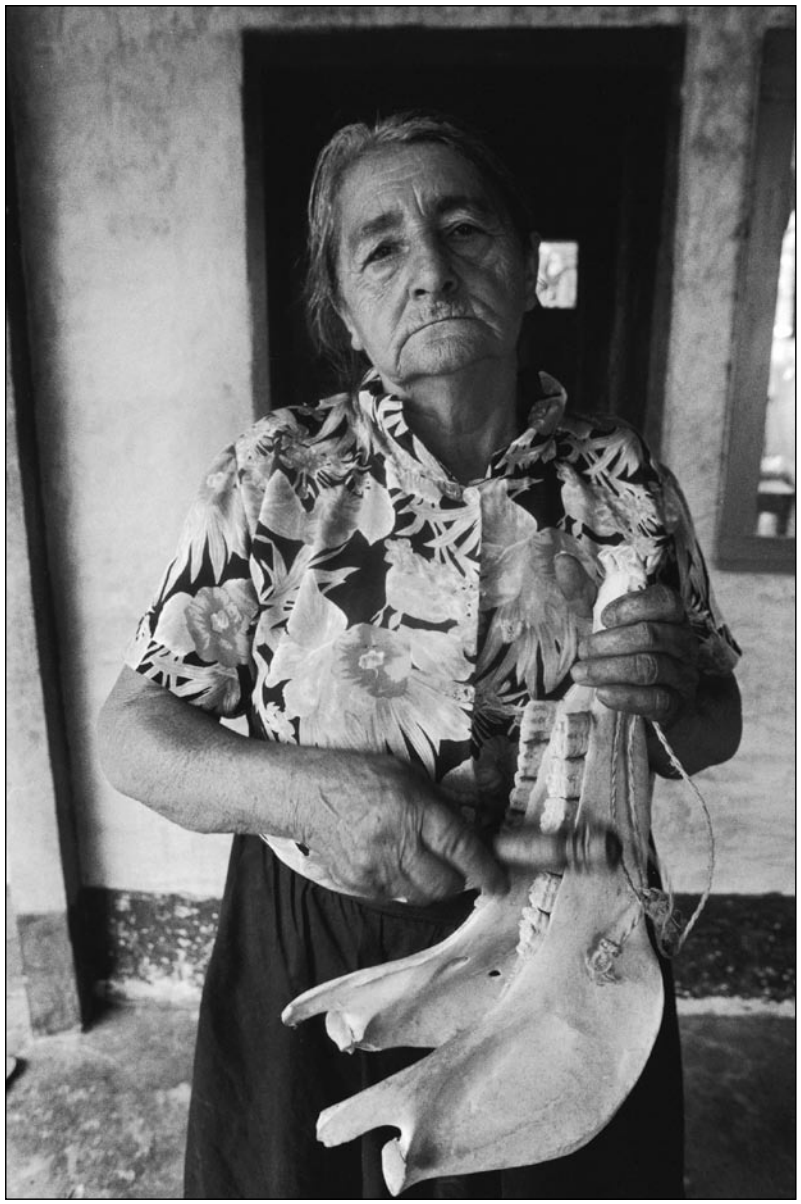
CALZADO
A GRAN ECONOMIA
Calzado
UNICENTRO
EL ESTUDIANTE N.3
DEPOSITO
POR MAYOR

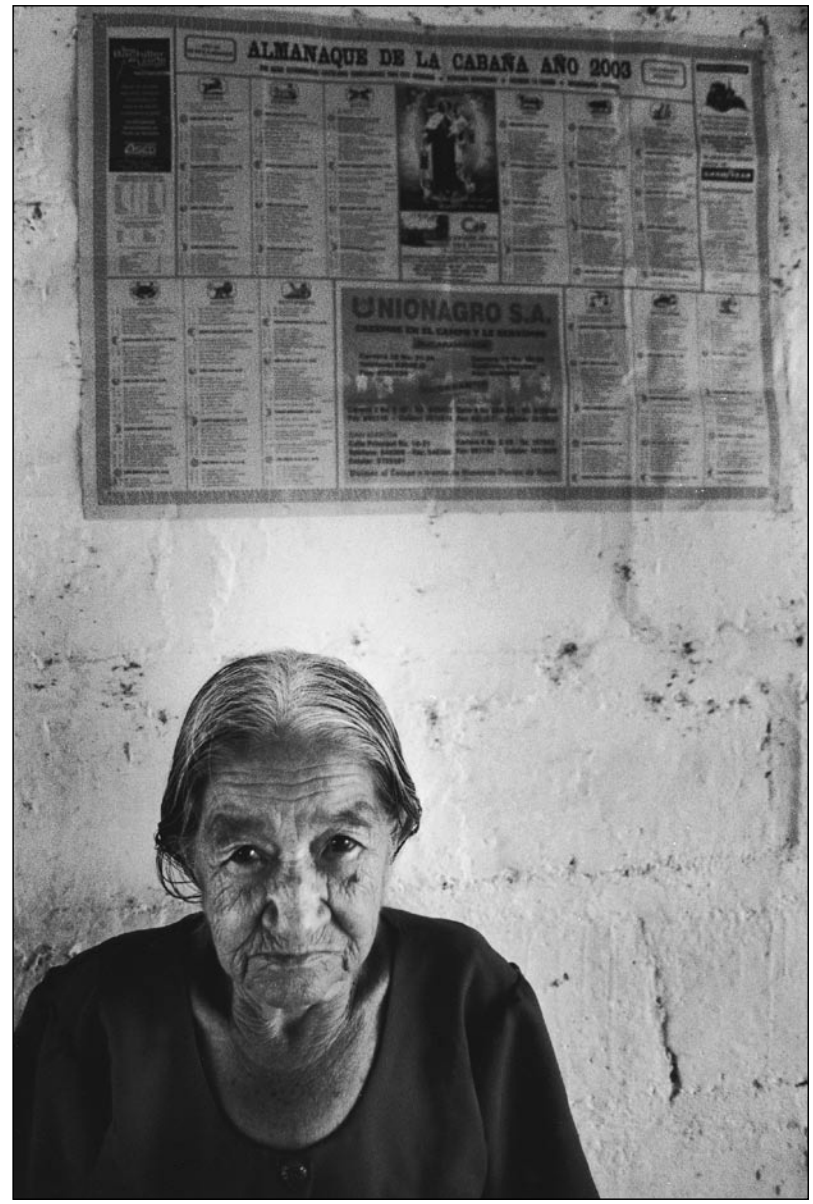
LA LIGHT
SION
RVEZA

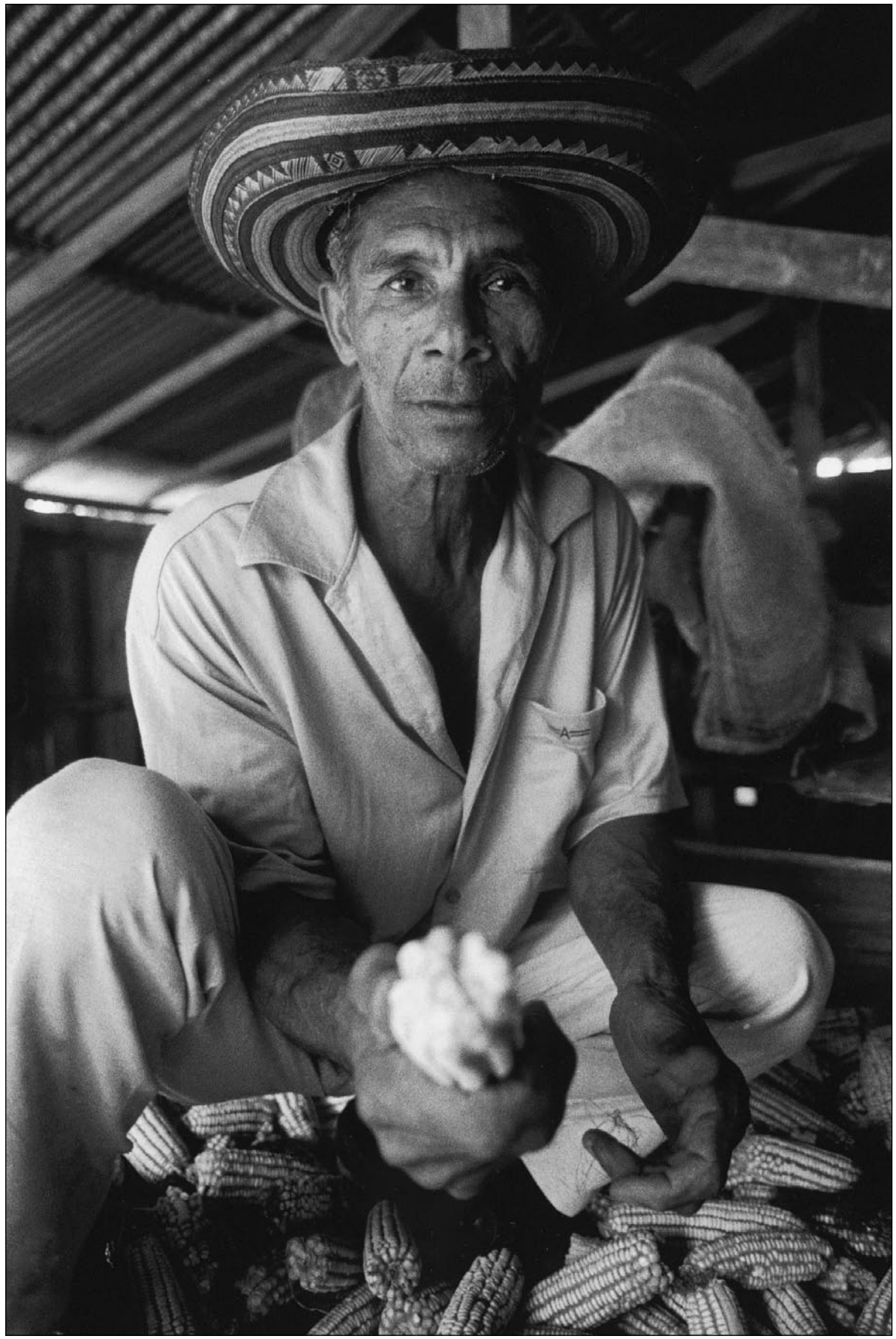


SODERIA






ALMANAQUE DE LA CABAÑA AÑO 2003
UNIONAGRO S.A.



ADC 031

Índice de fotos

Página

73 Plaza principal La India, Landázuri
74 Olger Martínez, culebrero de Morales
75 Un día normal en Río Viejo
76 y 77 Personajes, Río Viejo
78 y 79 Vivienda, Arenal
80 Vivienda, Morales
81 Elida Villabona, una de las parteras de Morales
82 Familia, Morales
83 Río Magdalena, Río Viejo
84 y 85 Quebrada de Arenal
86 Eusebia Pimienta, cantadora de Arenal
87 Carpintero, San Pablo
88 Escuela, San Pablo
89 Niña, Barrancabermeja
90 Restaurante, Morales
91 Finca de Juan Ibarra, San Vicente de Chucurí
92 y 93 Danzas tradicionales de Arenal
94 Casino en la calle, San Pablo
95 Guarapería, Landázuri
96 Vivienda, Morales
97 Embarcadero, Río Viejo
98 y 99 Carlos Peñaloza, arenero de Barrancabermeja
100 Miguel Grimaldo, Arenal
101 Casimira Olave, Arenal
102 Almacén de cacao, Landázuri
103 Zona comercial, Barrancabermeja
104 y 105 Prostíbulo, San Vicente de Chucurí
106 Lavanderas, Arenal
107 Tito Martínez, Morales
108 y 109 Curandero, Río Viejo
110 Cementerio, Río Viejo
111 José Alcibiades Flórez, Río Viejo
112 y 113 Vivienda en la zona rural de Landázuri
114 Celebración de un gol en el estadio de San Pablo
115 Fiesta callejera, Barrancabermeja
116 y 117 Calle, San Pablo
118 y 119 Baile en un bar de San Pablo, animado por Rusbel Chimenty
120 Escuela rural, Arenal
121 Anciana, San Vicente de Chucurí
122, 123, 124 y 125 Personajes de Río Viejo, San Vicente de Chuchurí y Landázuri
126 y 127 Carretera a Landázuri

Sobresaltos de Los Olvidados trabajó durante el año 2003 en la recuperación del patrimonio oral y musical del departamento colombiano de Santander y de la zona del Magdalena Medio. Se trató de buscar las veredas musicales de la Colombia posible, de ese país oculto, empobrecido y olvidado que acumula el acervo cultural de esta nación. Este libro es el reflejo de la memoria del proyecto y la prueba de que viajar por nuestros ancestros y nuestro patrimonio es el único camino para saber quiénes somos.

Sobresaltos ha sido una propuesta permanente y mutante que desde el año 2001 ha luchado por la democratización y la descentralización de la cultura, y por la apertura de espacios de convivencia. Organizado desde la Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), Sobresaltos considera que en un país donde se han buscado todas las fórmulas para rebajar las calenturas de la violencia y la pobreza, la cultura es una herramienta poderosa no explotada suficientemente.

En medio de cierta desidia por lo cultural, en un país azorado por urgencias más dramáticas, Sobresaltos ha sido posible gracias a la visión de instituciones privadas y públicas que miraron al horizonte por encima de sus cuentas de resultados. Hay algunas que han sido insistentes y fundamentales, compañeras desde un inicio, como la Cámara de Comercio de Bucaramanga o Transejes Colombia. Además del combustible económico, Sobresaltos se ha alimentado de las energías del público masivo que siempre nos ha acompañado y de la fuerza de nuestro equipo*.

**Después de tanto trabajo oculto, merecen ser nombrados:*
Olga Osuna, César Baeza, Berzetti David, Jorge Virviescas, Alix Rojas, Lula Gómez, Paco Gómez y Diana Restrepo.

Este libro suena: mientras navega por las aguas del río Magdalena, va recogiendo los cantares de la gente y los sones de las guitarras, las tamboras y los acordeones.

En el altar de la música celebran su comunión las palabras y las imágenes. Estos textos y estas fotos de certera belleza eligen, así, la mejor manera de contar las desventuras de una región castigada por la violencia y la pobreza, que en la música encuentra rescate y redención.

Eduardo Galeano

Organiza

UNAB
BUCARAMANGA

sobre saltos